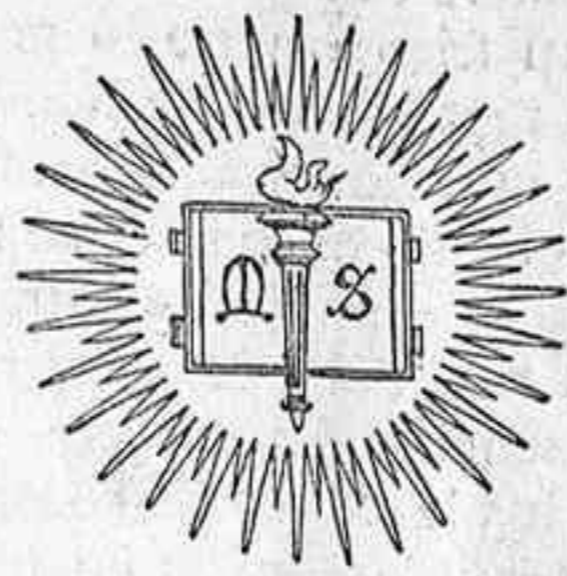


La Ilustración



Artística

Año XXV

BARCELONA 23 DE JULIO DE 1906

Núm. 1.282

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DESAMPARO, cuadro de Edmundo Suau. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)



Texto.—Crónica de teatros, por Zeda. —Las mujeres en Galdós. Doña Leandra, por Angel Guerra. —Las fiestas éuskaras de San Sebastián. —París. La fiesta de 14 de julio. La revista de Longchamp. —El notable pintor francés Julio Bretón. —El drama de Madison Square (Nueva York). —Cuadros de los Salones de París. —Problema de ajedrez. —En la paz de los campos, novela ilustrada (continuación). —La Conferencia internacional de Ginebra. —Una víctima de la enfermedad del sueño. —Libros enviados á esta Redacción.

Grabados.—Desamparo, cuadro de Edmundo Suau. —Dibujo de Cutanda que ilustra el artículo Las mujeres en Galdós. Doña Leandra. —Reproducciones fotográficas de las fiestas éuskaras celebradas en San Sebastián. —París. La fiesta del 14 de julio. La revista militar de Longchamp. —Julio Bretón. —Recolección de adormideras, cuadro de Julio Bretón. —Las mujeres. —Los niños, cuadros que forman parte del tríptico de J. L. Jonas «Los mineros.» —Declaración de amor, cuadro de E. A. F. Deuilly. —¡Adiós!, cuadro de J. Beraud. —En el teatro, cuadro de L. F. Garrido. —El millonario Mr. Thaw, asesino de Mr. White. —Mrs. Thaw, esposa de Mr. Thaw y causa del crimen. —El arquitecto Mr. Stanford White. —Ginebra. Sesión de clausura de la Conferencia internacional reunida para la revisión de los artículos del convenio de 1864 sobre los reglamentos de guerra. —El explorador polar Mylius Erichson, que se propone explorar las regiones del Polo Norte en automóvil. —Barcelona. El ordenanza Juan Vara y el caballo Virote, que le salvó de morir ahogado en la playa de la Barceloneta. —Edgardo Quinet y Michelet tomando nuevamente posesión de sus cátedras en 1848, cuadro de A. Brouillet.

CRÓNICA DE TEATROS

El nuevo ministro de Instrucción Pública D. Amalio Jimeno parece que se propone «transformar»—son sus palabras—el teatro llamado Español en verdadero teatro Español. Según dice el nuevo consejero, y dice bien, es una vergüenza que el Estado subvencione generosamente la ópera italiana y no preste la menor ayuda al teatro Español, cuyas obras constituyen el más rico tesoro de la literatura nacional.

Cierto; si se exceptúa el *Quijote*, una de las más altas cimas del mundo del arte, nada existe en nuestro tesoro literario que pueda compararse ni en abundancia ni en grandiosidad ni en españolismo con nuestra poesía dramática, sin hipérbole la más original, la más comprensiva y variada de cuantas han existido ó existen. Aventájale sin duda en elevación filosófica el teatro griego; quizás Shakespeare supere individualmente á cualquiera de nuestros grandes dramaturgos; pero en conjunto el teatro inglés, salvo esa admirable excepción, es incomparablemente inferior al nuestro, y si el francés es más ordenado, más clásico que el español, es en cambio menos original, puesto que, como es sabido, muchas de sus obras maestras son imitaciones de comedias españolas, é infinitamente menos variado y rico que nuestra exuberante producción escénica. Tampoco los alemanes, ni menos los italianos, se nos igualan en este punto, y aunque en nuestro tiempo Ibsen pueda y deba ser considerado como un renovador del arte escénico, como el Shakespeare escandinavo, es evidente que ni el teatro noruego tiene raíces tradicionales, ni es seguro tampoco que el gran coloso que acaba de morir deje herederos de su genio.

Siendo esto así, siendo nuestro teatro una de las mayores glorias nacionales, y no de las afeadas por la violencia ni de las manchadas de sangre, deber es, hasta ahora olvidado por los gobiernos, velar por él, contribuyendo con una protección sabia y generosa á que el teatro de hoy y el de mañana sean dignos continuadores del pasado.

Ya sé yo que con reglamentos, subvenciones y premios no se conseguirá que nazcan Lopes y Calderones. La aparición del hombre extraordinario depende de causas más altas y complejas; pero es innegable que desarrollando y fomentando lo que pudiéramos llamar el ambiente artístico, acostumbando los ojos y los oídos del pueblo á la contemplación y percepción de la belleza literaria, se prepara, por decirlo así, el terreno para la producción de la obra de arte. Para que aparezca un verdadero artista es indispensable que el pueblo á que aquél se dirija esté dotado de un gran sentido estético. Para que existan un Esquilo ó un Aristófanes, es menester que estén rodeados de una sociedad como la ateniense capaz de ad-

mirarlos y comprenderlos. «Imaginemos—escribía Macaulay con admirable elocuencia en uno de sus incomparables estudios literarios—que nos hallamos en los tiempos de mayor grandeza y poderío de Atenas. La multitud se agolpa junto á un pórtico y contempla con admiración su cornisa: Fidias está en lo alto colocando un friso cincelado por él. Entremos en una calle: un rapsoda recita; hombres, mujeres y niños le rodean curiosos y anhelantes y estrechan cada vez más el círculo en que él se mueve; la emoción del auditorio es grande, las miradas no pierden un solo movimiento del actor, las respiraciones se contienen para escuchar, las mujeres se afligen y lloran, el rostro de los hombres se contrae: es que relata la escena tan terrible aquella en que Príamo cayó de rodillas á los pies de Aquiles y le besó las manos, manchadas todavía de la sangre de sus hijos. Llegamos á la plaza pública; Sócrates, rodeado de gran número de jóvenes que le escuchan, disputa con el famoso ateo de Jonia, y en corto espacio le hace contradecirse en los términos mismos de su razonamiento. Pero he aquí que una voz nos interrumpe; es el heraldo que grita: «¡Paso á los Pritaneos!» La asamblea se reúne. Llegan el pueblo de todos los extremos de la ciudad. Se oye la pregunta: «¿Quién quiere hablar?» Aplausos unánimes y atronadores resuenan ensordeciendo el aire; luego se hace un silencio sepulcral: Pericles sube á la tribuna. De allí va el pueblo á asistir á una tragedia de Sófocles; más tarde, los escogidos se dirigen á casa de Aspasia... No sabemos que exista en los tiempos modernos universidad ninguna que posea tan brillante programa de enseñanza.»

A acercarse á la realización de este programa tienden los gobiernos en las ciudades modernas: para ello existen los monumentos que adornan calles y plazas, y que evocan en la memoria de los ciudadanos el recuerdo de hechos gloriosos; los museos, en que se ofrecen á la vista de los visitantes las maravillas del arte; las bibliotecas, en que se atesoran los frutos de la meditación y del estudio; las academias, en que se vela por la conservación de las tradiciones literarias y artísticas; el teatro, en que el pueblo encuentra como animadas y vivas las creaciones del ingenio nacional.

En España el gobierno sostiene todas esas instituciones, menos la del teatro. El Ayuntamiento de Madrid, dueño del llamado Español, tiende, es cierto, á proteger la producción dramática española, limitando á los empresarios de este teatro el derecho á representar obras extranjeras, exigiéndoles poner en escena cada año dos comedias no representadas en los anteriores del repertorio clásico, y obligándoles á sostener una compañía escogida y bastante numerosa para poder representar con el debido decoro toda clase de producciones dramáticas.

Pero todo esto, con ser muy acreedor á alabanzas, no es bastante. Al teatro Español, si ha de ser una institución nacional y eminentemente popular en el buen sentido de la palabra, le hace falta en primer lugar una orientación artístico-española que no es posible pedir á un empresario, el cual, por grande que sea su amor al arte, se ve forzado á torcer sus aficiones en pro de respetables intereses económicos. En una palabra, el teatro español, para ser español, no ha de estar pendiente de la taquilla.

Debe—y en esto el teatro francés da un buen ejemplo—conceder importancia preferente al teatro clásico, realizando de tal modo misión análoga á la que cumplen los museos. Muchas y muy hermosas obras creadas por el ingenio de nuestros más famosos dramaturgos son únicamente conocidas de los literatos, y no de todos, pues sabido es que hay entre nosotros muchos que se adornan con aquel nombre, que desprecian, porque no las conocen, las joyas más hermosas de nuestra literatura. Esas obras deben ser expuestas á la vista del gran público con escrupulosa propiedad, y ellas contribuirán de seguro á difundir en el pueblo, no sólo el gusto estético, sino el amor á las tradiciones, leyendas é historia de nuestra raza, que en ninguna parte como en nuestras comedias famosas son presentadas con mayor belleza ni con más verdad.

Ciara es que la representación de estas obras no ha de tener carácter industrial, sino educador é instructivo, para lo cual debe abaratare mucho el precio de las localidades, hoy excesivo—y no puede menos de serlo—en los teatros grandes. Porque es de advertir que una de las causas que ha contribuído más poderosamente á fomentar el género chico y el ínfimo

es la relativa baratura de estos teatros por secciones. En igualdad de precios, el público prefiere y hubiera preferido siempre el drama y la comedia españoles en que vibran los sentimientos y cualidades de la raza, al fárrago de obrillas, sin que esto quiera decir que no haya algunas muy estimables, con que se ha divertido al público durante los últimos quince años. Y prueba de esto que aquí digo, es lo ingresado en el Español durante la última temporada, adonde, no obstante lo subido de los precios, ha acudido mayor número de espectadores que á cualquiera de los otros teatros de Madrid.

Conveniente será también que el teatro nacional no se convierta en una especie de coto cerrado, en el cual no puedan entrar más que los autores ya aplaudidos. Injusto sería excluirlos de él, pero no se cometería mayor injusticia cerrando la puerta sistemáticamente á los ingenios desconocidos. O hemos de renunciar á la continuidad de nuestra labor dramática, ó hemos de abrigar forzosamente la convicción de que en estos momentos, quién sabe en qué ignorada buhardilla ó en qué rincón de España se están elaborando las comedias que han de aumentar la serie de las que se han escrito en lengua española. En los templos del arte debe haber siempre altares para el dios desconocido.

El nuevo teatro Español debe extender como en Francia su beneficiosa influencia sobre los actores. No es envidiable á la verdad en España la suerte de los artistas escénicos. Durante un breve período de su vida brillan, se ven lisonjeados y aplaudidos y aun recompensados con más largueza que otros artistas; pero ese período, vuelvo á decirlo, dura poco, y cuando el público les vuelve las espaldas, los que fueron un día ídolos de la muchedumbre, pasean luego, olvidados, su tedio, su tristeza y acaso su hambre por las aceras de la calle de Sevilla. Estos actores tienen derecho á una vejez decorosa y tranquila, que rara vez pueden crearse ellos mismos por el ahorro, pues si grandes son sus sueldos, grandes é imprescindibles son también sus gastos. Dadas las exigencias de la escena, el vestuario hoy de una primera actriz, es tan costoso como el de la más encopetada duquesa.

El teatro Español, sin convertirse en una especie de asilo, deberá asegurar á sus actores y á sus estrellas un ocaso sin las angustias de la miseria.

Por otra parte, el Estado podrá, si el pensamiento de D. Amalio Jimeno se realiza, conseguir lo que ha sido hasta ahora imposible para las empresas: la formación de una buena compañía. La vanidad de los artistas, la imposibilidad en que se encuentran las empresas para satisfacer las exigencias de aquéllos, la falta de autoridad ó de prestigio en los directores y la inestabilidad de los cómicos en sus respectivos teatros son causas que impiden la formación de agrupaciones que puedan desempeñar con la perfección debida las grandes obras dramáticas: donde la dama es genial, al galán no puede tolerársele; allí falta el actor de carácter; en el otro lado el gracioso es un botarga, y en todas las compañías, aun en las mejores, se echa de menos la debida armonía y el necesario acoplamiento.

Esto último podrá conseguirse, como se ha conseguido en la Comedia francesa; y aquí en donde, se diga lo que quiera, en el arte, como en todo, abundan los elementos valiosos, pero falta la organización, no es imposible que se pueda constituir una compañía dramática tan buena como las mejores que funcionan en los teatros extranjeros.

Y á ello contribuiría también la reforma y el mejoramiento del Conservatorio, que puede convertirse, y no sin grande esfuerzo, en excelente plantel de artistas teatrales.

Atendiendo á la regeneración del teatro—como se propone hacerlo el Ministro de Instrucción Pública, que lo es también de Bellas Artes,—se realizará obra altamente patriótica y civilizadora; porque, como escribe un ilustre pensador moderno, no consiste tan sólo la gloria de los pueblos en la sabia administración de justicia, ni en los triunfos sangrientos de las batallas, ni en la elocuencia de los Parlamentos, ni en la enseñanza de las Universidades; su gloria estriba también en la prosperidad de las artes, las cuales elevan el corazón y el entendimiento del hombre á las regiones de la eterna belleza, en donde encontramos ideales que seguir, fuerzas para perseverar en las nobles luchas de la vida y consuelo para nuestros dolores.

No debe olvidarse que el arte es el precursor de todo progreso. Es una verdad, aunque envuelta en las formas del mito, que al son de la lira se edificaron ciudades.

ZEDA.

consejo ficticio, compuesto de testafierros pagados y perfectamente insolventes?

Su denuncia á la justicia dió la señal de alarma á los que habían sido engañados como él; llovieron las reclamaciones, los reproches y las amenazas. Y sucedió que Valroy perdió el dote de su mujer y la fortuna de su suegra y fué condenado á pagar á las víctimas de cuya suerte participaba.

Protestó y alegó su buena fe; pero le respondieron que le creían de buen grado, pero que la ley era la ley, y que él había aceptado cargas y responsabilidades sin estar obligado á ello y por un entero y perfecto consentimiento.

Peor para él si garantizaba con su nombre un negocio, sin estudiarlo previamente. No tenía más que pagar, sin lo cual sería condenado por sus jueces y habría, acaso, consecuencias infamantes.

Al mismo tiempo, el castillo y las tierras de Valroy iban á ser vendidos á instancia de Piscop y Grivoize, portadores de créditos en regla.

Entonces aquel hombre, arrojado de su tierra, arruinado por sí mismo y en vísperas de verse cubierto de infamia siendo el primer robado en aquel negocio; aquel hombre, cansado y descorazonado, sin grandes lazos que le uniesen á su país, desapareció una mañana sin decir nada á nadie.

El escándalo estalló en seguida. Valroy en fuga, fué condenado por quiebra fraudulenta y estafa, á pesar de las pruebas contrarias, á indemnizar á los diversos acreedores del *Modern Ahorro*, á los gastos del proceso y á tres mil francos de multa. Aunque contumaz, todavía se apreciaron en su favor circunstancias atenuantes.

Solamente los suyos supieron vagamente lo que había sido de él. Jacobo recibió una carta que decía:

—«Hijo mío, bien lo sabes, soy una víctima, pero viviría deshonrado y me voy, llevándome unos cuantos billetes de mil francos. A los cincuenta años voy á tratar de rehacer mi vida y mi fortuna. Si dentro de cinco años no he vuelto ni has recibido noticias mías, considérame como muerto, que es, acaso, lo mejor que pudiera sucederme. Te escribo á ti porque, en los días de tu infancia, nos hemos querido profundamente. Pide perdón en mi nombre á tu madre y á tu abuela por haberlas arruinado ó poco menos. Tratad de vivir con ese poco y desconfiad de los bandidos que exhiben sus falsas amistades. Hasta la vista, acaso; adiós más bien.»

Todos estos sucesos tuvieron un resultado inmediato. La víspera del día en que la condesa Antonieta debía salir de Valroy para ceder el puestito á los Piscop, tomó, por inadvertencia, por obtener un olvido momentáneo ó con un objeto definitivo (nunca se supo la verdad), una dosis cuádruple de morfina y se durmió para no despertarse más.

Fue su ataúd el que salió de Valroy en el momento en que entraban los Piscop. La enterraron en el cementerio del pueblo, y ella, al menos, no salió del país.

Jacobo, pobre y llevando un nombre envilecido, fué á habitar en París con la señora de Reteuil; vivieron de pequeñas rentas y su existencia fué sencillamente lamentable.

Al cabo de un año supieron por un periódico la boda de Arabela con Gervasio.

Y, aquel día, Jacobo deseó morir.

Pero tenía aún un deber y un fin en la vida, porque ya Jacobo reconocía deberes y se imponía fines.

La desgracia había elevado aquella alma, en otro tiempo tan pequeña y ahora casi grande.

El deber era permanecer al lado de su abuela mientras viviese y protegerla y consolarla en lo posible.

El fin era lejano; cuando muriese la abuela, estaba resuelto á vender el castillo y las tierras de Reteuil para reembolsar á los acreedores del *Modern Ahorro*.

De este modo pensaba rehabilitar á su padre, ó su memoria, y el nombre del Valroy.

La anciana, que no se atrevía á presentarse en el país, arrastró sus penas y sus recuerdos de la cama á la butaca durante tres años.

La muerte de su hija había quebrantado aquella alma demasiado ligera para no ser frágil; estaba además llena de remordimientos y acusándose sin cesar de haber causado la catástrofe al atraer tan inconsideradamente á los Carmesy después de los informes más que dudosos obtenidos acerca del marqués.

Como decía éste último en otro tiempo, la pobre mujer estaba atacada de una afección cardíaca; y en aquel régimen de pesares y remordimientos, el mal creció rápidamente.

Vivió, sin embargo, cuatro años.

Y después, murió á su vez, dejando al vizconde Jacobo solo en el mundo y libre de pagar con su herencia las deudas ficticias y morales de su padre desaparecido.

Durante un año, Jacobo, convertido en hombre de

negocios por la fuerza de las circunstancias, buscó sin ruido compradores para su castillo y sus tierras, pues no quería de ningún modo venderlos sencillamente por subasta, seguro de que los Grivoize los comprarían á cualquier precio.

Había calculado que una venta razonable le produciría la suma necesaria para liquidar lo que él consideraba como su pasivo personal, con algunos miles de francos además. Esto le bastaba, y dejaba para aquel momento el resolver sobre su porvenir.

Cinco años habían pasado desde la fuga del conde Juan y jamás había llegado á su hijo una palabra suya. Jacobo le consideró como muerto y le lloró. Todos los recuerdos lejanos vinieron á su memoria. Vió á su padre, joven y rozagante, que no volvía á Valroy más que por cariño á su hijo; pensó que los únicos dispendios que después los alejaron al uno del otro, al menos moralmente, habían sido por su pasión á Arabela.

Al hacer esta evocación le rechinaban los dientes. Por fin, encontró el comprador que buscaba. Éste, enteramente extraño al país de los Grivoize, visitó solo y secretamente el castillo y las tierras y se declaró satisfecho.

El contrato de compraventa fué hecho legalmente, estipulando que el comprador pagaría los fondos el quince de septiembre y tomaría posesión á principios de octubre, en la época de la caza. Hasta entonces Jacobo conservaba el libre uso de sus bienes.

Ahora bien: en el mes de junio volvió á aquel castillo que ya no era suyo, sin duda para vivir allí todavía unas semanas, reunir sus recuerdos, evocar los espectros y decir adiós á todo.

Pero estaba resuelto á no salir de sus muros y de sus arboledas y á permanecer invisible para las curiosidades malévolas y para los odios de los alrededores.

Tenía, por otra parte, miedo de sí mismo y quería evitar los encuentros, pues si alguna vez el azar le presentaba á aquel bandido de Gervasio Piscop, que ya se hacía llamar Piscop de Carmesy, con su mujer, la nueva castellana de Valroy, no estaba seguro de evitar un homicidio, perdonable después de todo.

Se encerró, pues, con un solo criado llevado de París, que profesaba el más profundo desprecio á los paletos y no quería revelar los secretos de su amo.

A pesar de esta precaución, Berta, que hacía cinco años acechaba ansiosamente aquella vuelta tan deseada, descubrió su presencia ó más bien la adivinó.

Había contemplado de lejos á aquel hijo encontrado por milagro y se volvió á su casa sin dejarse ver y no sabiendo ya si era feliz ó desgraciada; mezclaba el pasado con el presente y los remordimientos y desesperaciones con las vagas esperanzas, sin llegar á distinguir, por falta de razón acaso, el verdadero color de sus pensamientos.

Eran éstos complejos. Hacía veinticinco años la vida de esta miserable mujer no había sido, en suma, más que una perpetua mentira y una continua angustia, y después de la ruina de Valroy, un eterno martirio.

Todo lo que había esperado, previsto y querido se había vuelto contra ella; por una terrible ironía del destino, la preciosa existencia de Jacobo, que ella había preparado para las más grandes felicidades, iba á parar á las peores catástrofes.

Había cometido un crimen y separábase de un hijo para llegar á edificar su doble infortunio. Le había cogido pobre y desnudo de su cuna de mimbre, y con un simple ademán, creía haberle ennoblecido y privilegiado en la escala social...

Y en esto estaba la irrisión.

Aquella nobleza se hundía en la infamia; el nombre estaba deshonrado; la riqueza ya no existía; Jacobo, sin haber contraído deudas personales, luchaba desesperadamente contra cien acreedores.

Había querido que fuese hermoso, alegre y amado, y estaba envejecido y tan pálido, á pesar de su juventud, que le quedaba muy poco de su hermosura de otro tiempo. Lejos de estar alegre, estaba desesperado, y en cuanto á sentirse amado... A este recuerdo, á la madre le rechinaban los dientes. Todo su odio era para la nueva castellana de Valroy, la mujer de ojos verdes que siempre había mentido.

Así, pues, en lugar del orgullo, de la opulencia y del amor le había dado la vergüenza, el rebajamiento, peor que la miseria y el amor vendido, peor que la indiferencia.

Esto era lo que había hecho con su hijo; para esto había consentido que viviese lejos de ella, sin conocerla, peor aún, rechazándola y despreciándola.

No podía menos de pensar que, acaso, el destino de José, del dichoso marido de Clara, del padre feliz de Víctor y de Flavia, fuese más envidiable por lo mismo que era más tranquilo... Mejor que el del vizconde de Valroy, seguramente: ¿entonces?..

En fin, le quedaba Reteuil y era una hermosa finca. Si podía olvidar á la mujer de los ojos verdes, acaso su vida se arreglase todavía.

También la exasperaban otros pensamientos; la idea, por ejemplo, de que Jacobo estaba desesperado por la muerte de su madre y de que acaso se reprochaba el no haberla querido bastante en otro tiempo.

¡Su madre!.. Su madre estaba allí bien viva. Era por una extraña por quien lloraba.

Extraña también aquella señora de Reteuil á la que Jacobo se había consagrado hasta su muerte... Era verdad que la había heredado. La campesina tenía atenuaciones sutiles.

¡Ah! Si hubiera sabido á lo que su hijo destinaba esa herencia... Si hubiera sabido que las sumas considerables que Jacobo iba á recibir por la venta de Reteuil servirían para rehabilitar la memoria del conde... Entonces hubiera gritado ante la demencia de semejante acto: «¿A ti que te importa? Esa gente no es nada tuyo; su nombre no es tu nombre...» sin pensar siquiera que destruía de ese modo el derecho á la herencia. Pero ella no sabía sino que había sufrido y que seguiría sufriendo. El misterio de que era depositaria la espantaba. Le parecía que hubiera aliviado su cuerpo y su alma confesando su falta. ¿Pero á quién? Además retrocedía ante ciertas revelaciones.

El punto maravilloso de la aventura era que tenía rencor á José porque vivía sin grandes cuidados, rodeado de afecciones, con su mujer al lado y teniendo á sus hijos sobre las rodillas.

Si era feliz, aquella felicidad se la había robado á aquel cuyo nombre llevaba. Encontraba esto injusto, extraviada al fin en un dedalo de razonamientos contradictorios.

Y lo que ella pensaba no era gran paradoja y podía aceptarse en cierto modo. Era evidente que al substituir á su hijo con otro no había pensado entregarle á la adversidad, así como no había querido que el otro, la víctima, fuese á recoger por este cambio un porvenir de goces.

Se había, pues, engañado en todas sus voluntades y en todas sus esperanzas, como en todas las verosimilitudes... Tenía derecho á indignarse, á rebelarse y á acusar á la suerte.

Esto era lo que afirmaba para sí misma en las horas más lúcidas. En las demás deliraba simplemente, sin el menor cuidado del buen sentido, y se deshacía en amenazas con los puños cerrados á los cuatro puntos cardinales y, sobre todo, hacía Valroy, aquel castillo tan familiar en otro tiempo y hoy residencia de sus más negros enemigos.

Ahora bien: aquellos enemigos que triunfaban en apariencia, estaban, sin embargo, muy lejos de la serenidad.

Aquella noche, en el mismo momento, acababa la comida en el vasto comedor á cuya mesa podían caber treinta personas; donde en otro tiempo se había sentado tantas veces la niña Arabela, entre su Djek y el conde Juan, hoy en fuga, y enfrente de la condesa Antonieta y de la señora de Reteuil, ambas difuntas. Era preciso que la nueva castellana no tuviese miedo á los fantasmas.

Arabela estaba allí sola con su esposo Gervasio Piscop. Él se atracaba de fruta sin decir palabra y bebía enormes tragos; ella, con los ojos fijos, miraba sin duda el porvenir, á no ser que estuviese dando una vuelta al pasado.

Sus veintitrés años brillaban en todo su esplendor. Estaba magnífica; pero si alguien se lo hubiera dicho, se hubiera encogido de hombros y hubiera respondido: «¿Para qué?»

Para ella también era la vida una larga decepción; también ella merecía las amarguras con que la atormentaban; pero ella, al menos, podía hablar y hacer frente á su verdugo, el cual, por el instante, no notaba siquiera su presencia.

Antes del matrimonio, Bella había puesto sus condiciones, fuera de la cuestión de dinero. Habitarían en París el invierno y en Valroy en verano, con sus padres, el noble marqués y la dama de las miradas francas. En los primeros meses, sin embargo, debían hacer un viaje á Italia.

Bella tendría la dirección absoluta de la casa y de los domésticos, y fijaba la suma que quería recibir para eso todos los trimestres. El precio de sus gastos particulares, coches, caballos, trajes y demás corrientes, subiría á tanto..., amén de otras muchas cosas.

Todo lo había arreglado y calculado en su cabecita, y su presupuesto estaba establecido con una seguridad de viejo hacendista.

Gervasio, embriagado de amor, al parecer, había respondido á cada una de esas peticiones con una aceptación completa. Bella le decía, desconfiando aún:

—Júrelo usted.

—Lo juro.

(Se continuará.)

LA CONFERENCIA INTERNACIONAL

DE GINEBRA

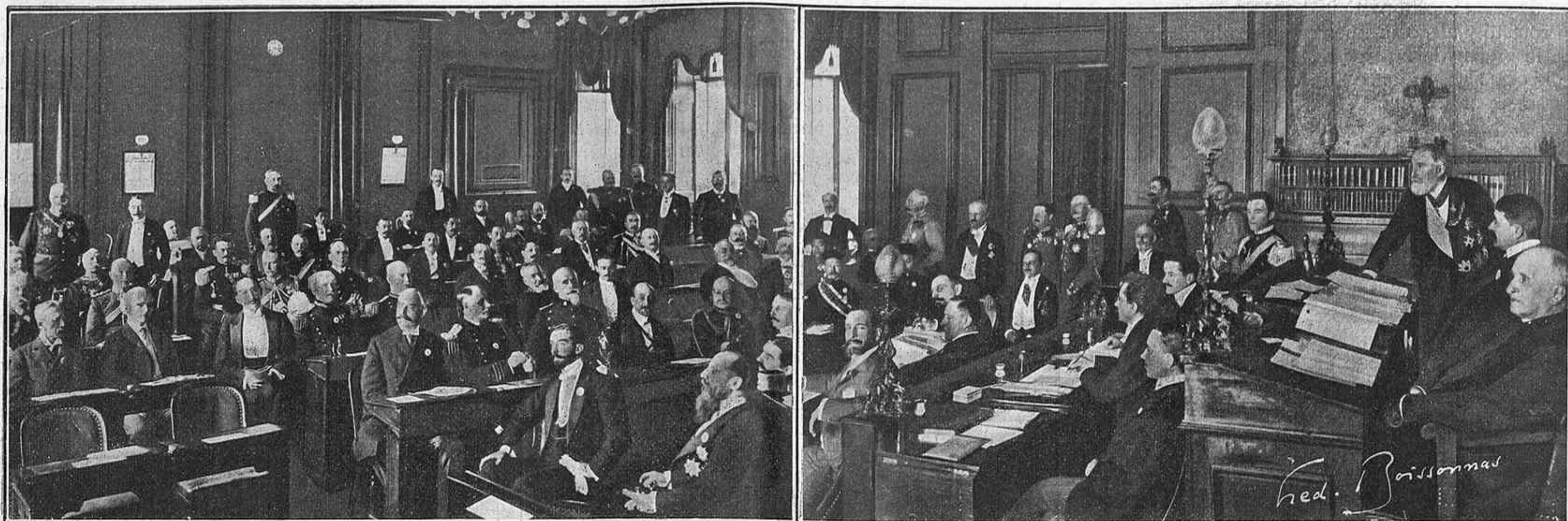
El día 11 de junio último inauguró sus tareas la Conferencia internacional reunida en Ginebra para

EL EXPLORADOR POLAR MYLIUS ERICHSON

Los que pretenden arrancar su secreto al misterioso Polo Norte no cesan en su empeño, y no vacilan ante las dificultades de su empresa, ni se desalientan por los fracasos de sus predecesores, ni se dejan inti-

pago de una pequeña cuota, todos aquellos á quienes esas cuestiones interesen.

El objeto de ese congreso consiste especialmente en la elaboración de un plan metódico de exploraciones científicas y en la creación de una sociedad internacional para el estudio de las regiones polares. Ade-



GINEBRA. — SESIÓN DE CLAUSURA DE LA CONFERENCIA INTERNACIONAL REUNIDA PARA LA REVISIÓN DE LOS ARTÍCULOS DEL CONVENIO DE 1864 SOBRE LOS REGLAMENTOS DE GUERRA. (De fotografía de Boissonas.)

revisar el convenio de 1864 en el sentido de humanizar las condiciones de la guerra y atender á la asistencia de los heridos. España ha estado representada en ella por el conde de Bager, acompañado del coronel Sr. Jofre Montojo y del director del Parque de Sanidad militar Sr. Cortés y Bayona; Francia, por M. Revoil; Rusia, por el profesor Martens; Italia, por el marqués de Maurigi; Alemania, por Bulow; y Austria, por Heidler. Los demás Estados, hasta el número de 39, europeos, americanos, asiáticos y africanos, tenían también en ella sus representantes.

Presidió la conferencia, que fué inaugurada por el presidente de la República Helvética, el Sr. Odier, ministro plenipotenciario de Suiza en Rusia. M. Moynier, que tanto hizo con el inmortal ginebrino Dunant por la institución de la Cruz Roja, fué elegido presidente honorario.

El nuevo convenio tiene 33 artículos y se estima como un gran paso en el camino de la civilización; fué firmado el día 6 de los corrientes por todos los plenipotenciarios en el salón Alabama del antiguo palacio del Gobierno cantonal y del Municipio de Ginebra.

Además de la conformidad con el artículo 16 del convenio de 29 de julio de 1899, que reconoció el arbitraje como el medio más eficaz y más equitativo de solucionar los litigios que no hayan podido resolverse por la vía diplomática, la conferencia ha formulado la siguiente proposición:

«La conferencia expresa el deseo de que para llegar á una interpretación y á una aplicación lo más exactas

posible del convenio de Ginebra, las potencias contratantes someten al Tribunal permanente de La Haya, si los casos y las circunstancias lo permiten, las diferencias que en tiempo de paz surjan entre ellas acerca de la interpretación de dicho convenio.»

Esa proposición ha sido aprobada por todos los Estados, excepto Corea, Gran Bretaña y Japón.

En Ginebra se han celebrado muchos festejos y banquetes en honor de los delegados de las potencias.

La fotografía que adjunta reproducimos representa la sesión de clausura de la Conferencia. El personaje que está de pie detrás de la mesa presidencial es M. Dunant, el fundador de la Cruz Roja.

midar por la desgraciada suerte que muchos de éstos han sufrido.

En el número 1.278 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dimos cuenta de la expedición Wellman que se propone llegar al Polo en globo; pocos días después de haber emprendido su viaje esa expedición ha salido de Copenhague otro explorador, Mylius Erichson, con intento de recorrer las regiones polares en un automóvil de construcción especial, según puede verse en el grabado adjunto, para estudiar las condiciones climatológicas de aquellos lugares y buscar los restos de la infortunada expedición André, que hace algunos años quiso realizar la conquista del Polo en globo y de la cual no se ha tenido la menor noticia.

más se discutirá en él un proyecto de expedición polar publicado por M. Arctowsky.

La sesión de clausura se efectuará en Marsella el día 15 de septiembre.

UNA VÍCTIMA PROFESIONAL

DE LA ENFERMEDAD DEL SUEÑO

Desde hace algunos años se ha tratado mucho de la enfermedad del sueño que diezma á los negros del Africa ecuatorial. Al presente se sabe que esa enfermedad es debida á un parásito microscópico, de naturaleza animal, que vive

en la sangre como el parásito de las fiebres palúdicas, y que es, como éste, inoculado por una picadura de insecto; pero así como los mosquitos inoculan la fiebre palúdica, la mosca tse-tse es la que inocular el tripanosomo, agente infeccioso de la enfermedad del sueño.

Suponíase que los europeos presentaban una inmunidad contra esa enfermedad; pero tal suposición ha sido desmentida por el caso del médico militar doctor Forbes Tulloch, que formaba parte de la misión científica enviada por el gobierno británico á Uganda para estudiar esa dolencia y que ha fallecido recientemente en Londres, víctima de la misma que se había inoculado accidentalmente en la mano haciendo experimentos de laboratorio. Los primeros síntomas aparecieron hace sólo cuatro meses, lo cual prueba

que en este caso la evolución del mal ha sido mucho más rápida que cuando la inoculación se efectúa por mediación de la mosca tse-tse. Mr. Tulloch no es la primera víctima europea de la enfermedad del sueño, de la que tal vez en un porvenir más ó menos próximo habremos de defendernos en nuestros países.

A propósito de esto, debemos decir que la Sociedad de Geografía de Francia ha organizado últimamente una misión científica encargada de estudiar sobre el terreno, en Africa, la enfermedad del sueño y los medios de combatirla, y que se creará en Brazzaville un laboratorio y un hospital para el tratamiento de los blancos y de los negros infectados.—X.

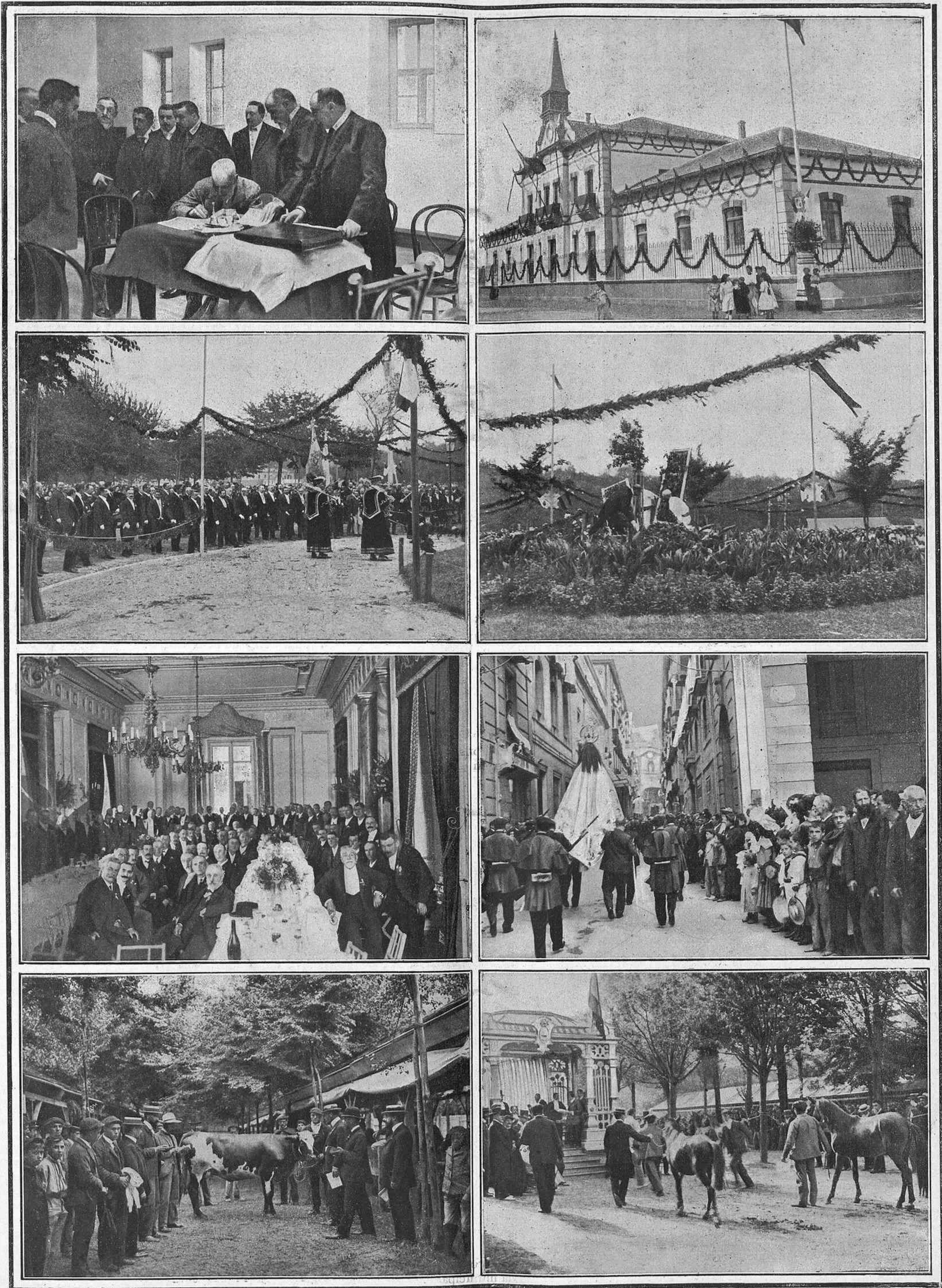


EL EXPLORADOR POLAR MYLIUS ERICHSON, QUE SE PROPONE EXPLORAR LAS REGIONES DEL POLO NORTE EN AUTOMÓVIL. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.^{as})

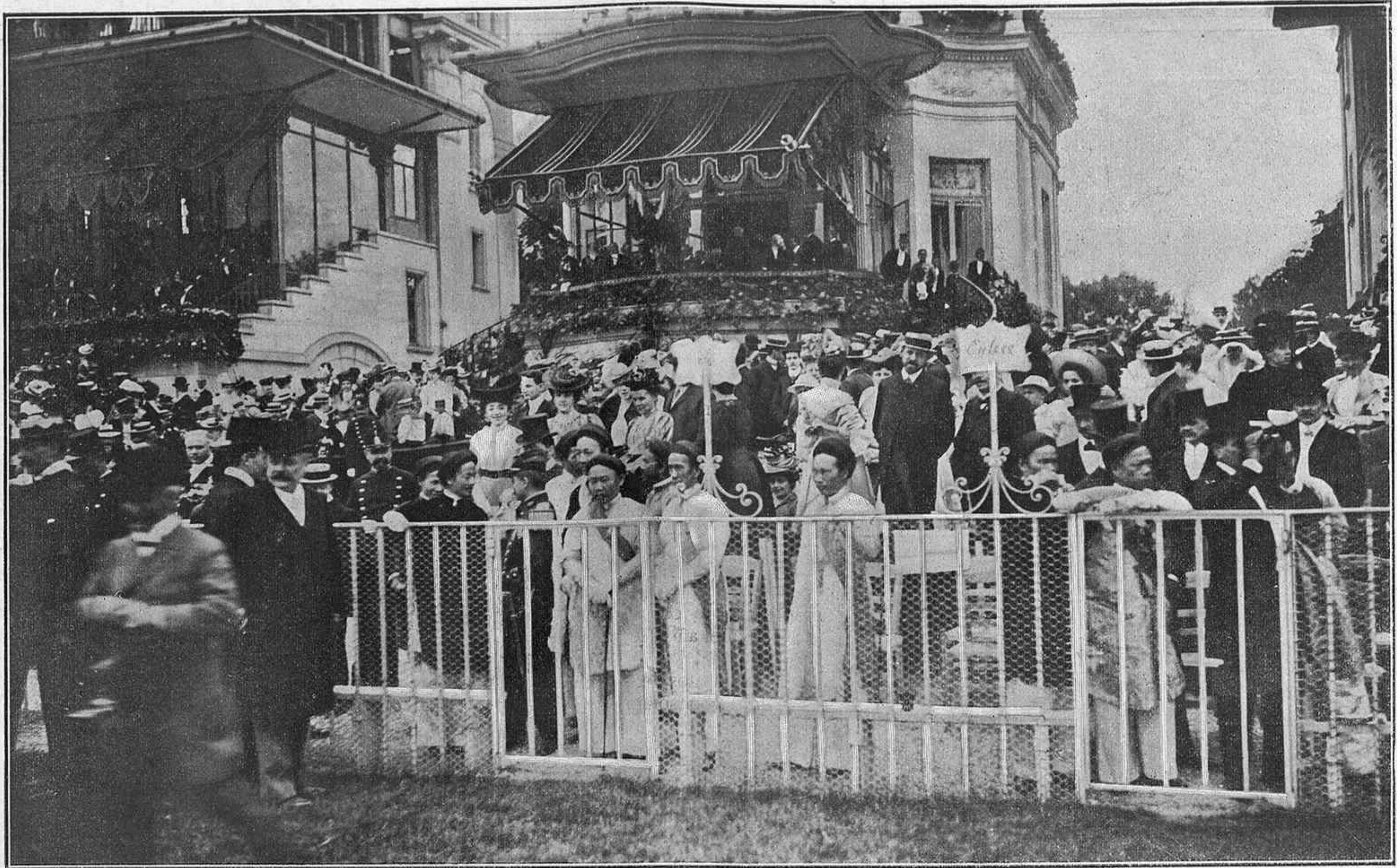
Dios quiera que la suerte corone los esfuerzos de esos intrépidos viajeros ó que por lo menos no encuentren, como tantos otros, su tumba en aquellos remotos parajes.

Y ya que de expediciones al Polo hablamos, nos parece oportuno decir algo del Congreso internacional para el estudio de las regiones polares que se inaugurará en Bruselas el 6 de septiembre próximo y del cual serán miembros por derecho propio los delegados de los Estados, de las academias y de las sociedades científicas y las personas que hayan formado parte del estado mayor de alguna expedición polar científica. También podrán inscribirse, mediante el

FIESTAS ÉUSKARAS CELEBRADAS EN SAN SEBASTIAN. (De fotografías de Frederic.)



El Sr. Viteri firmando el acta de donación de las escuelas. - Edificio de las escuelas Viteri, donado por dicho señor á la ciudad de San Sebastián. - Ceremonia de la plantación del retoño del Arbol de Guernica en el Paseo de los Fueros. - El Alcalde de San Sebastián Sr. marqués de Rocaverde descubriendo el retoño del Arbol de Guernica. - Banquete celebrado en las Casas Consistoriales por el Ayuntamiento en honor de los representantes de las diputaciones forales, de 150 alcaldes de los pueblos guipuzcoanos y de los de Bilbao, Vitoria y Guernica. - Procesión al estilo del país. - El Jurado calificador del concurso agrícola; una vaca del país premiada. - Ejemplares de ganado caballar premiados.



PARÍS. — LA FIESTA DEL 14 DE JULIO. — LA REVISTA MILITAR DE LONGCHAMP. VISTA DE LA TRIBUNA DE HONOR EN DONDE ESTABAN EL REY SISOWATH DE CAMBOYA Y SUS MINISTROS. (De fotografía de Branger.)

de ella iban todos los niños y niñas de las escuelas municipales, con sus estandartes de los colores de San Sebastián y los nombres de los respectivos colegios.

El retoño del sagrado y venerable Arbol de Guernica, plantado en un extremo del Paseo de los Fueros, estaba rodeado de una cortina y de varios mástiles con gallardetes y banderas. Al descubrir el alcalde señor marqués de Rocaverde el retoño, disparáronse centenares de cohetes, y la multitud inmensa que presenciaba el acto, acompañada por las bandas de música, entonó con entusiasmo indescriptible el patriótico himno *Guernikako arbola*. Fué una ceremonia tan grandiosa como conmovedora.

Brillante ha sido la fiesta de los jardineros, que se celebró el día 9 en la plaza de toros. Ofrecía ésta un aspecto hermoso; el ruedo estaba primorosamente adornado con flores que representaban los escudos de España, Guipúzcoa y San Sebastián admirablemente confeccionados, y en el centro se había dispuesto un amplio tablado adornado también con mucho gusto. Primero desfiló la comparsa de niños cantores y niños jardineros precedida por una banda de música y al final de la cual iba una magnífica carroza con la diosa Flora y once niñas vestidas con trajes griegos. Subieron al tablado los niños jardineros y en él hicieron algunas evoluciones; luego, con trozos de madera y macizos de flores, improvisaron una preciosa glorieta con cuatro fuentes. La música ejecutó algunos *zortzicos* y los niños cantaron algunas composiciones genuinamente vascongadas. El festival terminó con un desfile que resultó brillantísimo.

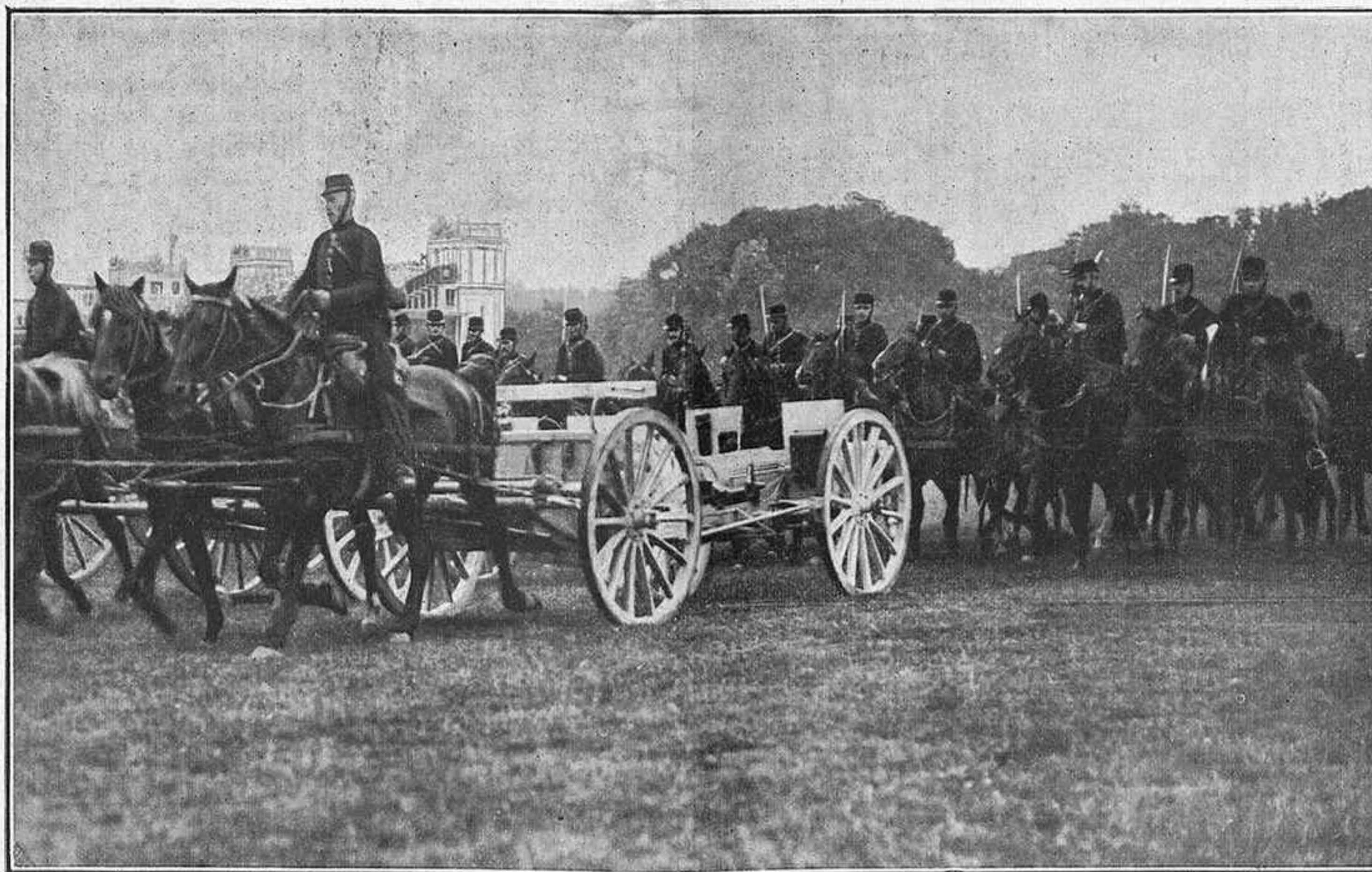
A estas fiestas han asistido representantes de la Solidaridad Catalana y de la Lliga Regionalista de Barcelona, que han sido en todas partes acogidos con

las más cariñosas muestras de hermandad y simpatía.—S.

PARÍS. LA FIESTA DEL 14 DE JULIO

LA REVISTA DE LONGCHAMP

De todas las fiestas con que en París se conmemora el aniversario de la toma de la Bastilla, la más interesante ha sido siempre la revista militar de Longchamp.



PARÍS. — LA FIESTA DEL 14 DE JULIO. — LA REVISTA DE LONGCHAMP. DESFILE DE LA ARTILLERÍA (De fotografía de Branger.)

En la de este año han tomado parte las guarniciones de Versailles, Vincennes y París, formando un total de 40.000 hombres que desde las siete y cuarto de la mañana comenzaron a ocupar los puestos que les habían sido señalados, colocándose en tres líneas: la primera, mandada por el general Dubois, se componía de los alumnos de las escuelas militares y de las tropas especiales; la segunda, al mando de los generales Joffré, Percin, Menetrez y Sucillon, de las divisiones 6.^a, 7.^a y 10.^a de infantería y de la 5.^a briga-

da de infantería colonial; y la tercera, á las órdenes de los generales Mounier y Gillain, de la artillería, del tren y de la caballería.

A las ocho llegó el presidente de la República, acompañado del ministro de la Guerra Sr. Etienne, y después de revistar las tropas y de proceder á la solemne ceremonia de la entrega de las condecoraciones decretadas con motivo de la fiesta del 14 de julio, se dirigió á la tribuna oficial, en donde se hallaba, entre otros personajes, el rey Sisowath de Camboya, comenzando entonces el desfile. Desfilaron primero los alumnos de las escuelas y las tropas especiales; luego la infantería de línea y la infantería colonial; después la artillería, al trote, y finalmente la caballería, al galope.

Terminado el desfile, la caballería se formó en el fondo del campo de carreras, dando frente á las tribunas, y en líneas compactas se lanzó al galope, deteniéndose en seco á pocos metros de distancia de las tribunas y siendo objeto de una ovación entusiasta.

A las nueve y media acababa la revista.

Las tropas fueron aclamadas en todas partes, especialmente cuando de regreso de Longchamp pasaron por el bosque de Boulogne y por la grandiosa avenida de los Campos Elíseos.

M. Faillieres, que también fué muy vitoreado,

envió, después de la revista, al ministro de la Guerra una carta en extremo laudatoria para el ejército, carta que el ministro transmitió al gobernador militar de París.

La revista de Longchamp fué presenciada por un gentío enorme. Las tribunas ofrecían un aspecto brillantísimo; en la oficial, al lado de Mme. Faillieres, estaba la hija del presidente de la República de los Estados Unidos Alicia Roosevelt con su esposo Mr. Longworth. — X.



EL NOTABLE

PINTOR FRANCÉS JULIO BRETÓN

A la edad de setenta y nueve años falleció el día 5 de los corrientes en París el célebre pintor Julio Bretón, uno de los artistas que de mayor fama disfrutaron en Francia durante la segunda mitad del siglo XIX. Nació en Courrieres en 1827; era hijo de aldeanos y desde su infancia amó la naturaleza, á la que siguió rindiendo culto durante toda su vida. Fué discípulo de Félix de Vigne primero y después de Drolling, y en 1853 expuso por vez primera en el Salón, mereciendo su cuadro *Regreso de los segadores* las alabanzas de la crítica y de los aficionados.

La Exposición universal de 1855 consagró aquella reputación naciente; de los tres cuadros suyos que en ella figuraron y que le valieron una medalla de 3.ª clase, uno, *Las espigadoras*, fué adquirido por el opulento banquero parisiense Isaac Pereire, y otro, *Jóvenes aldeanas consultando las espigas*, por la emperatriz Eugenia. Dos años después, en el Salón de 1857, fué

premiado con medalla de 2.ª clase por su lienzo *Bendición de los trigos*, que fué comprado por el Museo del Luxemburgo.

Lejos de dormirse sobre esos primeros laureles, Julio Bretón redobló sus esfuerzos, y la exposición de sus obras en 1859 le conquistó definitivamente un puesto entre los grandes maestros franceses. Sus obras fueron consideradas entre las mejores del Salón de aquel año y le valieron una medalla de 1.ª clase.

Desde entonces los triunfos de ese pintor fueron continuados, lográndolos no solamente en Francia, sino también en el extranjero; en 1860, por ejemplo, ganó una primera medalla en Bruselas. En el Salón de 1872 obtuvo la medalla de honor por sus cuadros *La fuente* y *La vaquera*, el primero de los cuales, después de haber sido vendido varias veces, pasó á poder del conocido aficionado parisiense M. Roucheron, que todavía lo conserva y que pagó por él cien mil francos.

En 1886, su cuadro *Primera Comunión*, expuesto dos años antes, se vendió en Nueva York por 247.000 francos. Otros lienzos suyos alcanzaron también precios elevadísimos: por la *Recolección de adormideras*, que reproducimos, se pagaron 145.000 francos.

En 1867 fué nombrado oficial y en 1885 comen-

dador de la Legión de Honor; en 1886 ingresó en la Academia de Bellas Artes.

A pesar de su avanzada edad, Julio Bretón continuaba pintando y escribiendo, porque el que fué pintor tan ilustre fué asimismo inspirado poeta y prosista notable; buena prueba de ello son sus tomos de versos *Jeanne* y *Les champs et la mer* y sus libros en prosa *La vie d'un artiste* y *Un peintre paysan*, en los cuales ha dicho lo mismo que en sus lienzos ha pintado.

Interesábase con pasión por los progresos del arte y, ecléctico por temperamento, admitía todas las tendencias, aun las más atrevidas, rebelándose únicamente contra el desprecio de la forma y la ausencia de expresión artística.

Era un realista por la elección de sus temas; pero era un poeta por la interpretación de los mismos; sabía encontrar grandiosidad en las más humildes escenas de la vida rústica y tenía el verdadero sentimiento de la belleza. Creía que un paisaje era un estado de alma; que encerraba un pensamiento, y ese pensamiento, que él adivinaba, le servía de asunto para sus cuadros.

En estos últimos años vivía en un retiro encantador, en un delicioso hotelito de la calle de Longchamps, al lado de su hija, la célebre pintora madame Demont-Bretón, y de sus nietos, gozando de una existencia dulce y apacible.—R.



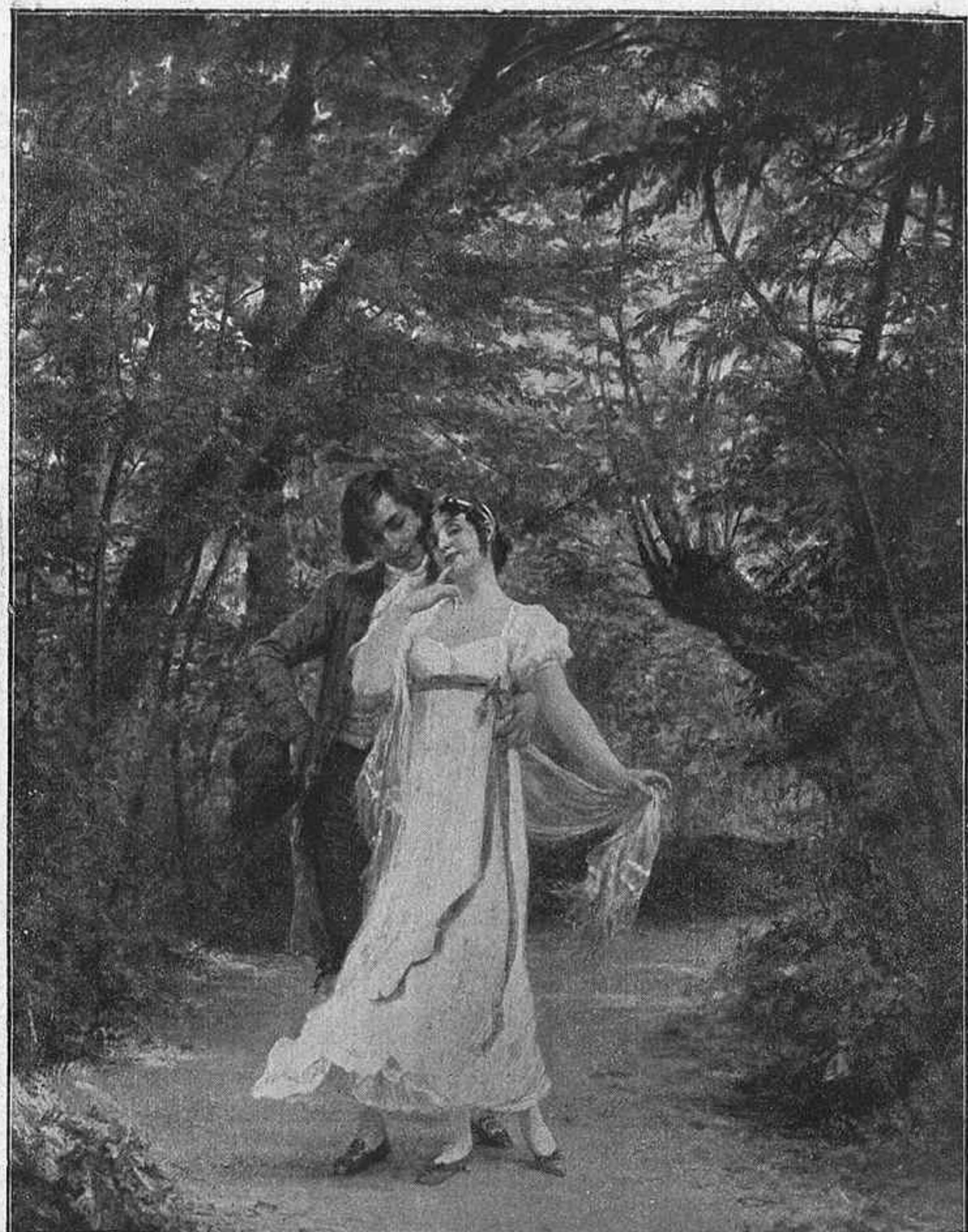
Recolección de adormideras, celebrado cuadro de Julio Bretón



Las mujeres, cuadro que forma parte del tríptico de J. L. Jonas «Los mineros.»
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses, París, 1906.)



Los niños, cuadro que forma parte del tríptico de J. L. Jonas «Los mineros.»
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses, París, 1906.)



Declaración de amor, cuadro de E. A. F. Deully
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)



¡Adiós!, cuadro de J. Beraud
(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1906.)



En el teatro, cuadro de L. F. Garrido. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1906.)

EL DRAMA DE MADISON SQUARE (NUEVA YORK)

Hace pocos días cometiéndose en Nueva York un crimen que produjo gran sensación, así por la calidad de las personas que



EL DRAMA DE MADISON SQUARE (NUEVA YORK)
El millonario MR. THAW, asesino de MR. WHITE

en él intervinieron, como por las circunstancias en que fué realizado.

Miss Florencia Evelyn Nesbit, joven de extraordinaria belleza y huérfana de un abogado de Pittsburgo, trasladóse al morir éste á Nueva York, en donde ejerció la profesión de modelo, que no tardó en trocar por la de artista de teatro. En aquel tiempo fué amante del arquitecto Mr. Stanford White, que poco después la abandonó.

En París conoció Miss Florencia al millonario Mr. Thaw, que la recondujo á América y se casó con ella el día 5 de abril de este año. Después de su boda los jóvenes esposos hicieron un viaje por América y por Europa, y en París, en donde residieron una larga temporada, conoció el marido á Mr. Stanford White y supo por su esposa, según parece, las relaciones que entre éste y ella habían mediado.

De regreso en Nueva York, cenaba una noche el matrimonio en el café Martin, en Madison Square; estaban muy contentos y se prometían pasar alegremente la velada, cuando de pronto, Mr. Thaw vió que su esposa palidecía, y al preguntarle qué le pasaba, Mrs. Thaw escribió en el *menu* estas palabras: «El miserable está aquí,» y se lo entregó á su marido.

En efecto, Mr. Stanford White comía también en el café Martin, del cual era asiduo parroquiano.

Terminó sin otro incidente la comida, y los esposos Thaw subieron al café concierto instalado en el mismo edificio de Madison Square, al que fué también Mr. Stanford White.

Durante la representación, Mr. Thaw se acercó á su rival y sacando un revólver disparó sobre él tres tiros. Mr. Stanford White cayó muerto, y el asesino, sin inmutarse, se entregó inmediatamente á un agente de policía diciéndole: «Le he matado porque perdí á mi mujer. No me arrepiento de ello.»

A excepción del *New York Herald*, la prensa de los Estados Unidos se muestra poco favorable á la víctima, de quien dice que llevaba una vida de disipación y escándalo.

En cuanto al matador, sus amigos pretenden que al cometer el crimen no gozaba de la plenitud de sus facultades mentales y quieren hacerlo pasar por loco; pero él mismo combate esa suposición y afirma que está perfectamente cuerdo y que mató á Mr. Stanford White con pleno conocimiento de lo que hacía.

La causa se verá pronto ante el jurado de Nueva York.

CUADROS DE LOS SALONES DE PARÍS DE 1906

(Véanse los grabados de las páginas 473, 480 y 481.)

Desamparo, cuadro de Edmundo Suau. — ¡Cuánto dolor en este lienzo! ¡Cuánta tristeza en esas figuras! Murió el que era sostenido de aquella mujer y de aquella niña, y esos dos seres, privados de su único apoyo, viven en el mayor desamparo. La madre lleva reflejadas en el semblante todas las torturas de su alma; pálida, con los ojos entornados y sin fuerzas siquiera para llorar, piensa en el porvenir que les espera; tal vez acude á su mente la idea del suicidio; acaso cruza de cuando en cuando por su imaginación un rayo fugaz de esperanza, sintiendo que la Providencia no puede menos de condolerse de su misera suerte. La niña, á quien sus pocos años resguardan contra pensamientos negros, se ha dormido en la falda de su madre; el cansancio y quizás el hambre han cerrado sus párpados. ¡Quién sabe si, en alas de su fantasía, sueña cosas alegres que harán más doloroso aún su despertar!

La obra de Suau es de una intensidad extraordinaria y emocional profundamente; además está pintada con un vigor y una simplicidad admirables.

Los niños. Las mujeres, cuadros que forman parte del tríptico *Los mineros*, de J. L. Jonas. — Estos dos lienzos, con el que reproducimos en el número 1.279 con el título de *En las minas de Anzin*, forman el hermoso tríptico que ha figurado en el Salón de la Sociedad de Artistas franceses de este año y que ha merecido los mayores elogios. Las tres pinturas son otras tantas notas arrancadas de la realidad y trasladadas á la tela con singular energía; en ellas se ve sintetizada en toda su crudeza la existencia de esos obreros que descienden á las entrañas de la tierra para extraer el carbón, alma de la industria moderna, con riesgo de sus vidas; en ellas podemos estudiar cómo



MRS. THAW, esposa de MR. THAW y causa del crimen

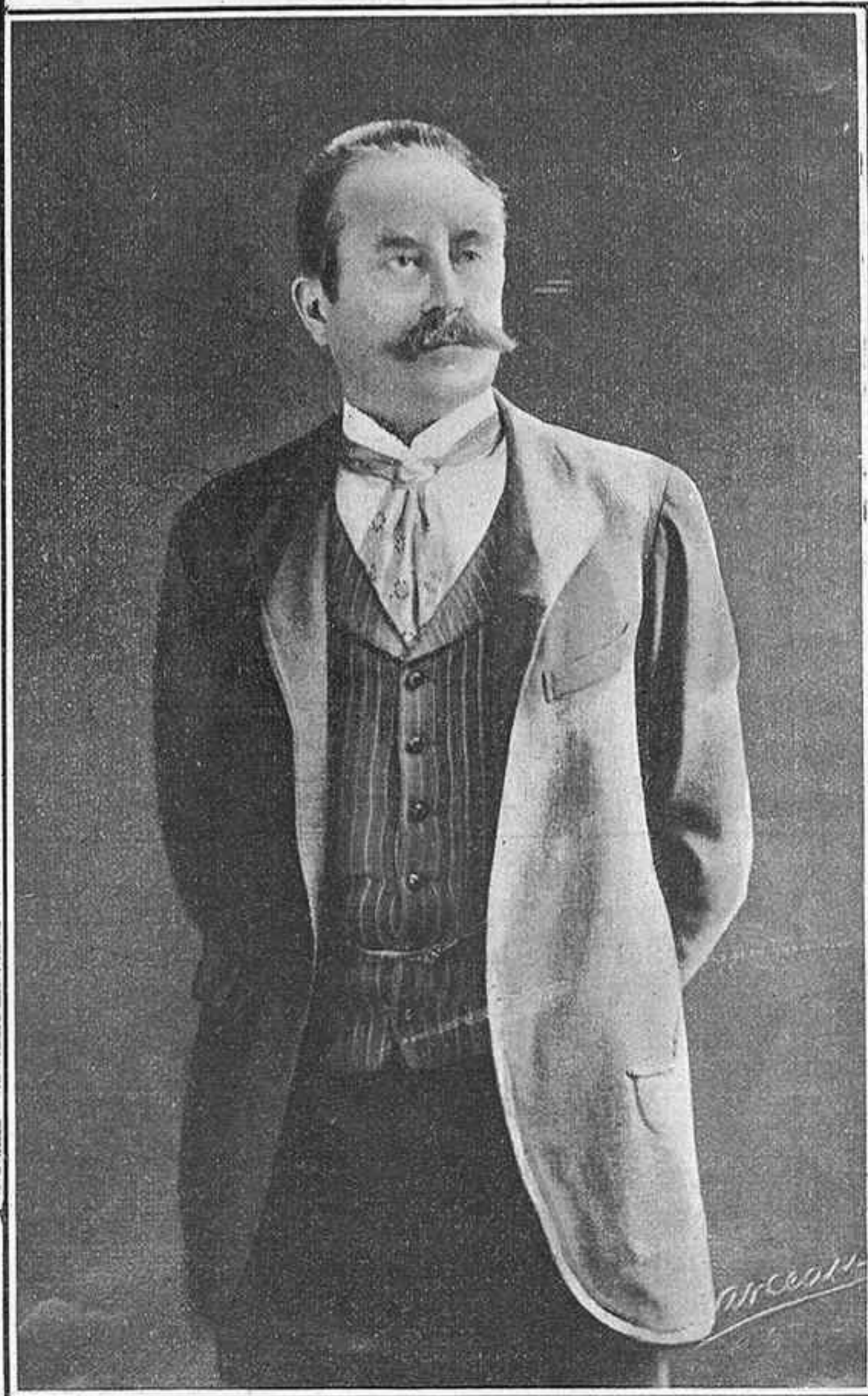
viven esas pobres gentes, cómo se crían sus hijos, cómo cuidan del modesto hogar sus madres y sus esposas. Y de todas esas fases de la existencia de los mineros parecen escaparse los mismos lamentos, los mismos gritos de protesta, los mismos deseos de emancipación, sentimientos á los cuales el pintor ha sabido dar forma admirable, apropiándolos á las condiciones distintas de edad y de sexo de los diferentes personajes que en las respectivas composiciones entran.

Declaración de amor, cuadro de E. A. F. Deully. — Grande es el contraste que ofrece este lienzo con los de Suau; en él la vida se presenta plácida, alegre, llena de belleza en el presente, pródiga en esperanzas para el porvenir. Todo en él respira poesía: el escenario no puede ser más pintoresco; ese frondoso bosque en donde penetra suave luz tamizada por las ramas de los árboles, parece creado solamente para ser lugar de amorosas escenas; y esa joven pareja cuyos labios pronuncian las más dulces palabras que pueden escuchar oídos humanos, es la más bella expresión de ese sentimiento que hace latir al unísono dos corazones y junta en una sola dos almas heridas por el amor. Contemplando la obra de Deully, casi percibimos los leves susurros del follaje, las perfumadas emanaciones de las flores y de las hierbas silvestres, la grata sensación de frescura de la umbría, y casi escuchamos los tiernos conceptos de los dos enamorados, la interrogación de él y el sí de ella que sella un pacto solemne y abre un nuevo camino á aquellas dos existencias.

¡Adiós!, cuadro de Juan Beraud. — La expulsión de las congregaciones religiosas de Francia dió lugar á muchas escenas análogas á la representada en este cuadro. Muchas fueron, en efecto, las poblaciones que protestaron contra una medida que las privaba especialmente de esas santas hijas de San Vicente de Paúl en quienes la infancia encontraba cariñosas maestras, las mujeres consejeras prudentes y los desvalidos ayuda y consuelo. El amor de Dios y los sentimientos de caridad las inspiraban, y por el bien de sus semejantes hacían gustosas el sacrificio de su libertad y si era preciso hasta de su vida, prodigándose en escuelas, hospitales y asilos, siempre pacientes, siempre cariñosas, puestos sus cuidados en las miserias de la tierra para aliviarlas y fijar sus almas en el cielo para merecer la única recompensa por ellas ambicionada. Por esto al ser expulsadas de sus asilos, de sus hospitales, de sus escuelas, fueron despedidas con lágrimas en los ojos y bendiciones en los labios, y en muchas ocasiones costó gran esfuerzo á los gendarmes encargados de cumplir la dura é injusta ley arrancarlas de los brazos de los pequeñuelos y separarlas de las gentes que no se avenían á perder con ellas á unos seres que tantas veces endulzaron su misera existencia y les enseñaron, con la palabra y con el ejemplo, las más grandes virtudes cristianas, las que nos hacen perdonar los agravios y sufrir resignadamente las mayores adversidades.

Juan Beraud, además de una hermosa obra artística, ha hecho con su cuadro una buena obra social, perpetuando en el lienzo ese episodio de la historia francesa contemporánea.

En el teatro, cuadro de L. F. Garrido. — Fijar en el lienzo la expresión de una sensación ó de un sentimiento fugaz que por un instante anima á un rostro humano, ha de ser para un artista labor difícil en extremo; provocarla artificioamente en el modelo es imposible, pues nunca por este medio se logrará ni una aproximación siquiera de la realidad, y si tiene que sorprenderla del natural necesita estar dotado de un espíritu de observación extraordinario para posesionarse bien de ella en el corto lapso de tiempo en que le sea dado apreciarla. Esta consideración, que es de sentido común, permite formarse concepto del mérito de la obra de Garrido, en la cual vemos catorce rostros animados por distintas expresiones ó, mejor dicho, por diversos matices de una expresión sola. El efecto que la representación produce en los espectadores se refleja por modo tan admirable en cada uno de los semblantes de éstos, que nos parece estar también nosotros presenciando el espectáculo y leer en el alma de aquéllos la impresión que en ella va dejando la acción escénica.

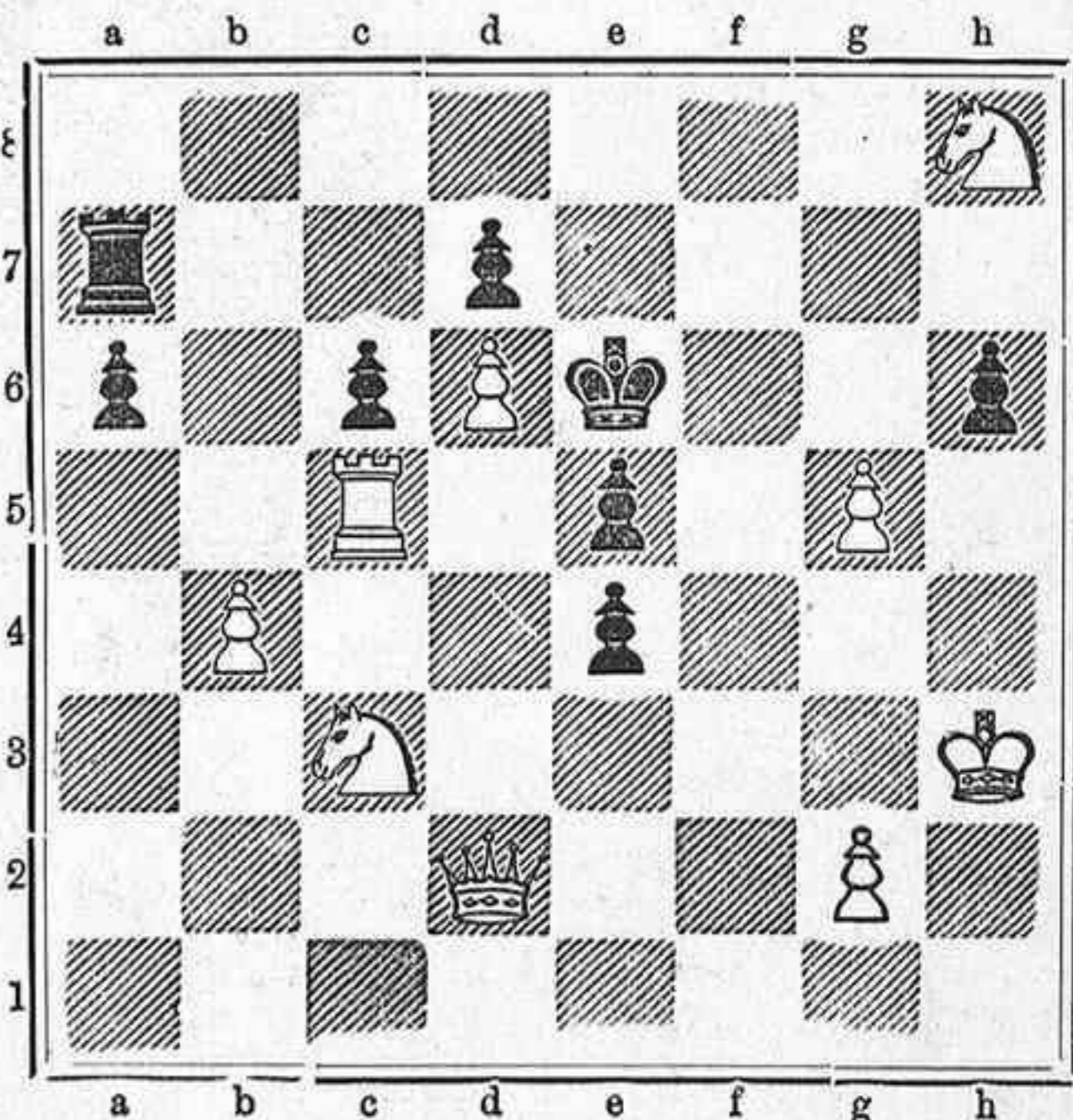


EL ARQUITECTO MR. STANFORD WHITE
(De fotografías de «Photo-Nouvelles.»)

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 433, POR V. MARÍN.

NEGRAS (8 PIEZAS)



BLANCAS (9 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 432, POR V. MARÍN.

- Blancas. Negras.
- 1. Df8-a8 1. Cualquiera.
- 2. D mate.

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fine. VIOLET, 29, B^{is} Italiens, París.

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

¡Qué tristeza hoy! ¿Qué se sabría mañana? En ninguna parte se veía un resplandor de salvación; estaban rodeados de tinieblas. Pero lo que más profundamente le hacía sufrir era la última metamorfosis de la compleja Arabela. Esta vez se había desenmascarado á pesar de sus ironías, de sus pretextos y de sus insinuaciones.

Así, pues, durante tantos años, desde su primera juventud, casi desde su infancia, Arabela estaba mintiendo y sabía hacerlo; se burlaba de él y no le había amado ni un día, ni una hora. Lo que hacía era envolverle, cegarle, para que no viese nada y consintiese en todo.

¡Ah! Si, para colmo de dolor, hubiera sabido que aquella misma Arabela, al prometerse á él, se prometía también á otros y era el objeto definitivo de la partida jugada; que Gervasio Piscop, aquel tunante, tenía los mismos derechos que él sobre la heredera de los Carmesy de Francia y de los O'Brien de Irlanda, la misma que no encontraba bastante noble para ella á un conde de Valroy..., acaso entonces, en un momento de demencia, hubiera buscado el crimen y le hubiera pronto encontrado.

Por el momento, no podía tratarse de venganza, puesto que no tenía delante de él más que un viejo y dos mujeres; era una fuerza más de aquel terceto tenebroso la de oponer tanta debilidad á toda explicación...

Después se cambió su pensamiento y volvió á ver á Arabela paseando con él en su *charrette* inglesa por aquel mismo bosque. Bella, que guiaba con mano nerviosa y firme, tenía catorce años y él diez y seis; sus largos cabellos de un rubio pálido le cegaban á veces y le anegaban la cara en un tibio raudal. Jacobo creía sentirlos todavía en la mejilla.

Su recuerdo quedaba inscrito en todas partes; aquellos árboles la habían visto; había hollado aquellos musgos con su ligero pie de sílfide; todo aquel paisaje se había pintado en sus profundas pupilas.

Jacobo tendió los brazos á la noche, oprimió el pasado en su corazón, y presa de un desfallecimiento, se dejó caer al pie de un olmo secular y lloró.

El vizconde Jacobo no era ya más que un desdichado.

La flora y la fauna, en la quietud de las sombras adormecedoras, se callaban alrededor de él para escuchar los sordos sollozos escapados de aquel pecho de hombre...

Y las encinas casi eternas, expertas en el dolor por haber visto tanto, y bajo cuyas ramas habían dormido en otro tiempo los druidas y los reyes merovingios, le abanicaban con sus hojas mecidas por el blando viento de la noche.

Toda la selva compasiva exageró su dulzura para mecer y dormir aquella desesperación sin límites. El alma de las cosas cantó en un murmullo y le dijo:

«¡Espera!» Los antiguos dioses, que permanecen fieles á los bosques, vertieron sobre su cabeza el perfume de las resinas y de las hierbas. La tierra le manifestó su ternura,

esto era lo que se decía de él. Estaba fatalmente condenado al último acto del jugador vencido y del amante engañado. Podía elegir entre la ventana del bisabuelo y la pistola del abuelo; era siempre el mismo salto en lo desconocido, en la nada...

¡La nada, no sufrir!.. Volver libremente á esa tierra que ahora le parecía amiga, mezclar sus cenizas con las raíces y con los gérmenes y florecer en ellos... ¿Por qué no, después de todo? ¿Era la locura que se apoderaba de él á su vez? Ello es que Jacobo no juzgaba ya ese acto tan difícil ni tan doloroso.

Ahora que estaba solo en la tierra—porque el mundo estaba vacío para él sin Arabela,—¿no era la muerte el refugio supremo y el remedio absoluto?

Entonces, más y más tentado por aquella visión deslumbradora de un próximo aniquilamiento, en el silencio del bosque paternal, entre las quejas del viento y la calma imponente del universo nocturno, Jacobo repitió en voz alta y solemne, como un proyecto, casi como un juramento:

—¿Por qué no?

IV

—¿Berta no está aquí?, preguntó Garnache empujando la puerta.

—No, respondieron á la vez el tío Balvet, José y Clara.

Los dos hijos de éstos, unos chicos de cuatro y tres años, acudieron con los brazos abiertos al ver al guarda y se le arrojaron á las piernas. Y él, con cara preocupada y la vista fija en el exterior, murmuró mientras acariciaba la cabeza de los niños:

—¿Dónde puede estar?.. No ha vuelto á casa y no se la ha visto desde esta mañana.

Los otros tres movieron la cabeza en silencio. José dijo:

—No os alarméis; está rondando por Reteuil..., y además ya sabéis que no tiene bien la cabeza.

—Justamente, respondió Regino, por eso temo siem-

pre algo... No sabe lo que hace...

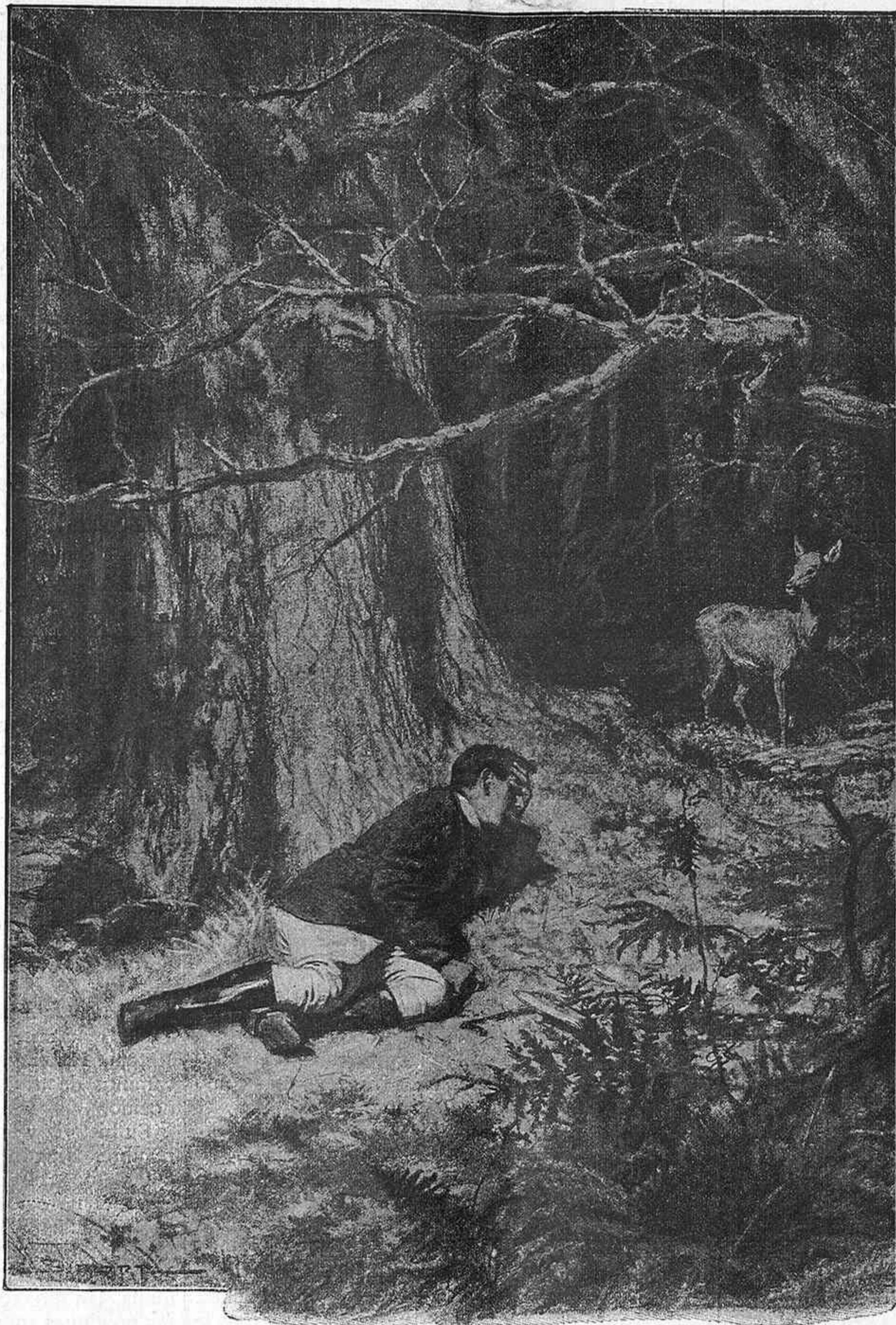
—Vamos, entre usted, Garnache, dijo el horticultor, y siéntese... Bastante ha andado usted hoy sin correr todavía detrás de ella.

—Sí, suspiró el guarda, el día ha sido duro. Hay que trabajar ahora.

Se produjo un silencio, durante el cual todos meditaban. Regino siguió diciendo:

—No es tanto por Grivoize el menor como por Hilario... Grivoize tiene sus ideas; cuando está de buen humor se pone como otras veces; pero Hilario, el señor Hilario, es siempre el mismo... Puede que Jacobo hubiera valido más... En fin, dentro de un mes, suceda lo que quiera, me retiro; sin la pensión que me han prometido para aquella época, ya lo hubiera hecho.

Se volvió hacia su hijo y añadió:



... se dejó caer al pie de un olmo secular y lloró

Pero él, aplastado en el suelo, en una postura de agonía, continuó su angustia hasta los límites humanos. Ahora se acordaba de ciertas palabras: «Hay una mancha en esa familia; no se casa uno con esa gente.» ¿Qué gente? Los hijos de los maníacos, de los locos dominados por ideas de muerte, de los sangrientos suicidas...

Una cierva atravesó lentamente el camino, escuchando curiosa los gritos sordos de aquel hombre. En otro tiempo, á falta de escopeta, Jacobo se hubiera armado de una piedra para herir á aquel animal confiado. Entonces la miró con amor durante un segundo, porque no tenía pensamiento para mentir. La cierva se metió tranquila en la espesura. Y él reanudó sus reflexiones desoladas.

Hijo de locos, predestinado él mismo y habiendo probado ya que era de su raza por delirios de infan-

—Tú has hecho bien; tu oficio es mejor. Al menos no tienes amo.

José asintió; no había para qué compadecerle; entre el anciano Balvet, su mujer, la dulce Clara y los pequeños, que iban creciendo, su vida era posible. José sonreía con gran contento.

El tío Balvet habló á su vez, muy lentamente, porque tenía ya mucha edad y sus palabras como sus actos se hacían difíciles.

—Sí, José ha hecho bien; hoy es el amo y sabe tanto como yo, que no sirvo para nada más que para regocijarme con la dicha de los demás. Este muchacho había nacido para ese oficio, pues le gustaba todo lo que vive, los animales, los árboles, las flores y las plantas... Por eso ha tomado el gusto al cultivo; se cuida mejor lo que se quiere... Sin embargo, las flores han bajado desde hace cinco años, desde la ruina de Valroy y de Reteuil, dos castillos íneos para la provisión de jardines y de estufas... No serán los Piscop los que hagan pedidos, de seguro. Y Reteuil está desierto, esperando la venta, que no tardará.

Regino continuó:

—Y entonces será Grivoize el mayor el que se instale allí con su prole, y tampoco serán buenos clientes. Balvet hizo un gesto.

—¡Oh, no!

Se quedaron de nuevo en silencio, sólo turbado por las voces un poco lejanas de los niños en el jardín. Era una noche después de cenar, una de esas noches de verano en que la luz no quiere marcharse. El abuelo de Clara habló otra vez:

—La verdad es que en otros tiempos nos quejábamos de los condes y vizcondes... y hemos cambiado un caballo tuerto por uno ciego; por mucho que se diga, más vale ser mandado por un capitán que por un sargento... es más fácil de soportar... Pero á nosotros, salvo los negocios, eso no nos importa.

—Tienen ustedes suerte, dijo Garnache.

Clara estaba en la puerta observando el camino. Al volver de Reteuil, Berta tenía que pasar forzosamente por el Vivero.

—¿No ves nada?, preguntó otra vez el guarda.

—Nada, dijo Clara; pero ya sabe usted, padre, que el lunes no volvió hasta muy tarde...

—Sí, demasiado lo sé; esto no es vivir...

Y volviéndose hacia Balvet y José, habló de nuevo del asunto que siempre le preocupaba:

—Vosotros tenéis suerte... En otro tiempo no tenía yo más que un amo, el conde Juan; dos si queréis, con Jacobo; pero á éste le había criado mi mujer y había comido la primera sopa, echado los primeros dientes y dado los primeros pasos en mi casa, y teníamos por él cierta indulgencia, aunque se había hecho muy orgulloso... El conde Juan también había cambiado al hacerse viejo, pero yo recordaba su juventud... Teníamos la misma edad...

Garnache se calló con la garganta un poco temblorosa, se quitó el quepis y murmuró:

—¿Dónde estará ahora?

Balvet bajó la cabeza; José se torció los dedos por hacer algo, mientras Clara, que seguía observando en la puerta, sintió que sus ojos se enrojecían en la luz indecisa del crepúsculo. El recuerdo del drama y de los muertos estaba todavía vivo.

Y Regino añadió:

—El conde Juan tenía cosas buenas..., era generoso, caritativo, alegre..., recuerdo estas cosas aunque ya están lejos; en fin, lo repito, no tenía más que á él como amo, mientras que hoy tengo siete ú ocho, diez ó doce con las mujeres; habría que contarlos; el señor *marqués Piscop de Carmes* á la cabeza..., porque éste se mete en todo, hasta en los intereses de Grivoize y de Hilario... No puedo pararme un minuto en una taberna sin que uno de ellos me vea al pasar por el camino y me pregunte delante de todo el mundo si me pagan para empinar el codo... Otro día, si echo una siesta en la espesura, el diablo me trae á Hilario, que me despierta y me ruega políticamente que haga mi servicio... A veces es Timoteo ó Antonio, que aseguran que han oído tiros por la noche. Dicen que duermo demasiado... Grivoize el pequeño no se atrevía conmigo al principio, pero poco á poco ha tomado la costumbre y dentro de seis meses será como los otros. Aquí tenéis cómo estoy, yo, Regino Garnache, descendiente de seis Garnache, que fueron todos guardas en este bosque desde los tiempos más antiguos hasta nuestros días de República... ¿Quiénes son más felices, los padres ó los hijos?

Regino, lleno de amargura, terminó sus quejas con esa pregunta.

Balvet, á quien los años habían hecho prudente, respondió con sencillez:

—Ninguno ha sido feliz; todos se han quejado, puede usted estar seguro... No hay buenos amos, sino menos malos. En esas condiciones es como hay que echar de menos á Valroy.

El guarda se levantó y se ató una correa de la polaina derecha, mientras decía:

—Sí, se le echa de menos... No tanto como Berta..., pero con todo...

José dijo sentenciosamente, con su voz tranquila:

—Mi madre ha perdido la razón en la ruina de sus amos, porque los quería demasiado..., sobre todo á Jacobo.

—No la acuses, hijo, porque al cabo es tu madre. José no se quedó convencido.

—Padre, una madre quiere á sus hijos, y ella no me ha querido nunca, y tampoco á usted; no quería más que á sus amos... De niño me separaba de ella y me rechazaba siempre, ya lo sabe usted. ¿Me he quejado jamás? No; todo lo he sufrido en silencio, conservándole mi cariño. Pero desde hace algún tiempo, es verdad, le tengo rencor... No lo puedo remediar.

Los dos hombres que le oían no protestaron, sabiendo, sin duda, por qué. Balvet murmuró sencillamente:

—Hay que olvidar eso.

Y Regino:

—Ya sabes que no es responsable.

José dijo en seguida:

—Se dice eso muy pronto... Ahora puede que sea verdad, pero lo era hace unos años, y mi queja no viene de ayer. Estoy seguro de que no sabe si Clara es rubia ó morena; no la ha mirado nunca un minuto, ni el día de nuestra boda... Clara no es más que mi mujer y le es á ella indiferente. Recuerden ustedes, en el tiempo en que miss Bella debía casarse con Jacobo, cómo hablaba mi madre de ella, la detallaba y se la sabía de memoria... Pero hay más, los chicos, y eso es un clavo en el corazón... No los conoce ni los ha cogido nunca en brazos, ella, la abuela... Cuando usted ha entrado, padre, han corrido hacia usted; que venga ella, y se irán á esconderse en el fondo del jardín, por instinto. Los niños, como los animales, saben bien quién los quiere y quién... no los quiere.

Regino interrumpió á su hijo, cuya voz iba subiendo á impulso de la cólera y del resentimiento:

—Muchacho, no aumentes mi pena... Ya sabes que yo tampoco tengo el corazón contento...

—Bien, dijo José, no hablemos más de esto; pero que nadie se extrañe si yo también me aparto; no lo puedo remediar.

Clara, que era parca en palabras, se inclinó hacia su marido y le dijo al oído:

—No te apures..., hay otras personas...

—Sí, estáis, por fortuna, tú, los dos papás y los chicos.

Volvió la cabeza y sonrió largamente á aquella cara tan tranquila, tan confiada y tan adicta de mujer siempre amante.

La noche se hacía oscura. Clara llamó á los niños, varón y hembra, Victor y Flavia, de cuatro y tres años. Tenían dos caritas redondas, muy morenas, con cabellos rubios y ojos lípidos; ella los encontraba sublimes; José hablaba de ellos con satisfacción.

—Me voy, dijo Regino cogiendo la escopeta de un rincón; esa mujer no vuelve; bonita noche nos espera á Sofia y á mí.

¡Sofia!.. Al oír ese nombre los dos niños palmotearon. La tía Sofia los quería y los mimaba, más como madre que como tía; era su gran amiga.

—¿Pero qué espera Berta?, preguntó Balvet.

—A Jacobo, respondió brevemente el guarda. Hace cinco años, desde que se vendió Valroy y Reteuil está amenazado, espera ella que vuelva. Y no le diga usted que no volverá jamás; ella sabe que sí.

Dicho esto, se aseguró la escopeta en el hombro empujando la correa, y se marchó.

—Buenas noches, Balvet, y vosotros, muchachos.

Estaba ya lejos, y la voz risueña de los niños le perseguía aún con sus despedidas y caldeaba un poco su alma oscura embotada por la pena.

Al llegar al pabellón, encontró á Sofia en la puerta:

—¿Y bien?

—Nada, no ha vuelto.

—Me lo figuraba; hemos estado vigilando el camino. Es verdad que no sabemos dónde está.

—¡Bah!, dijo Sofia, siempre en el mismo sitio; en Reteuil, puesto que Valroy no es ya Valroy.

Y á la pobre mujer, tan sencilla, se le ocurrió una frase casi bonita:

—Ya no tiene recuerdo; va á la esperanza.

—Y á nosotros nos espera una noche sin sueño...

—Acuéstate, Regino, aconsejó Sofia; yo me basto para velar.

El guarda montó en cólera:

—Eso es; tú harás todo el trabajo; cavarás el jardín, lavarás la casa, harás la comida, y por la noche te estarás en pie paseándote.

—Tú también trabajas.

—Yo soy un hombre.

—¿Soy yo una mujer?, respondió Sofia dulcemente, en su humildad de muchacha fea.

Regino no respondió en seguida; pero dijo después de un momento:

—Ojalá que todas tuvieran tu corazón.

Aquello no se dirigía contra nadie en particular, pero correspondía al estado de cosas y á los pensamientos que estaban en el aire.

De repente rechinó la arena del jardín bajo unos pasos pesados, y apareció Berta. El que no la hubiera visto en aquellos cinco años no la hubiera conocido. La desesperación había desgastado la grasa y era ahora una mujer flaca y descarnada; sus cabellos blancos enmarañados y sus ojos asustados explicaban la acusación de locura que todo el país lanzaba contra ella.

Entró, y en el umbral gritó con voz vibrante y exaltada, en una superabundancia de alegría:

—¡Ha vuelto!

Regino y Sofia no necesitaron explicaciones; en el momento comprendieron que se trataba de Jacobo.

—¿Ha vuelto?, repitió el guarda.

—Sí, dijo Berta; le he visto de lejos, pero le he visto.

—¡Ah!, exclamó Sofia sin satisfacción, porque prevenía nuevas locuras.

Pero la poseída continuaba su relato; acaso no se dirigía á los demás y hablaba sola, en una necesidad de expansión.

—Estaba allí, errando por el parque, solo, con la cabeza baja, las manos en la espalda y con una expresión tan triste, que me ha hecho llorar. Sin duda veía los fantasmas. ¡Ay! Es loco todo esto...

Cuando hablaba de locura, resultaba siniestra. Su marido y su hermana se estremecieron.

—Pues bien, ahora que sabes que está ahí, des cansa, come y duerme.

—¿Y si se fuese?..

—No se irá, respondió Regino en el tono que se emplea para hablar á los niños.

—¿Es verdad?.. ¿Es seguro?.. preguntaba, queriendo creer.

—Ciertamente, confirmó Sofia; cuando vuelve hoy, no será para irse mañana.

—Puede ser, murmuró Berta.

Y dejándose caer en un escabel, gimió:

—¡Tengo hambre!

Pasaba así días enteros fuera, errando continuamente y sin cuidarse del alimento, del sol, del viento ni de la lluvia; y algunas veces, en invierno, había vuelto con las manos rígidas y la cara azulada de frío.

Le sirvieron, y comió glotonamente, como una bestia; bebió, sin saber qué, vaso tras vaso. Estaba inconsciente, de seguro, y no se daba cuenta de la necesidad de alimentos más que delante de la comida.

Apenas hubo comido, se durmió con la cabeza caída sobre el pecho y los brazos inertes á lo largo del cuerpo. La llevaron á la cama y se quedó insensible; dormía rendida.

Era verdad. Jacobo de Valroy, después de cinco años de ausencia, estaba aquel día en el castillo de Reteuil. Había venido á pie de la estación, tomando caminos de travesía, para no ser encontrado ni conocido.

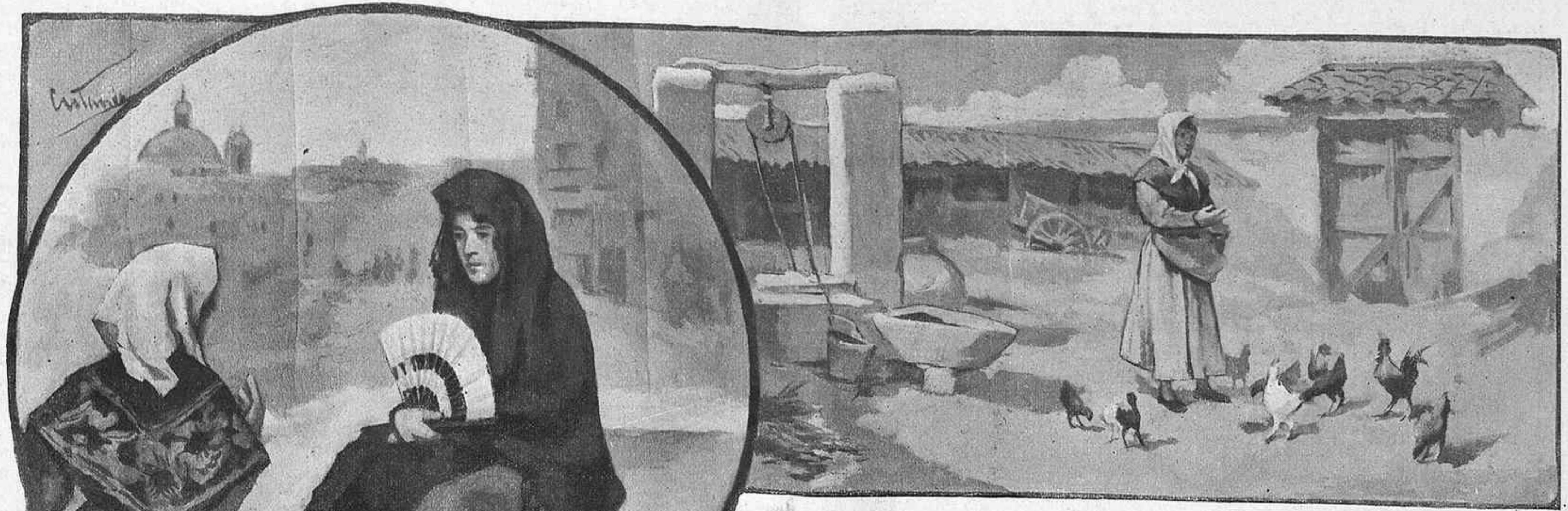
Su historia y la de su familia en aquel tiempo era lúgubre. Ningún derrumbamiento había sido más completo, más desastroso ni más irremediable. Primero el negocio del *Modern Ahorro*, aquella tenebrosa estafa.

Cuando el conde Juan entró en las oficinas de aquella empresa, sus temores se confirmaron en seguida. Un director sospechoso contestó á sus primeras preguntas que el dinero colocado no se retiraba, y que puesto que los accionistas cobraban sus dividendos, no tenían nada que reclamar.

El conde insistió, reclamó cuentas, y se las rehusaron, á él, presidente del consejo, con mil pretextos. Se dirigió entonces á los tribunales, y en el momento se vino abajo toda la superficie de aquel gran edificio de fabulosas estafas. Los famosos dividendos eran pagados con los fondos mismos de los subscriptores y los inventores de aquella explotación no esperaban más que un resultado, es decir, que las sumas estafadas fuesen bastante considerables para valer la pena del escamoteo final y de la fuga de los interesados, dejando la llave en la puerta, que fué lo que hicieron al primer viento de alarma.

Carmes había sido seguramente el alma creadora de la empresa, pero su nombre no figuraba en ninguna parte. Era el Dios invisible y estaba libre de toda persecución y de toda alarma.

No sucedió lo mismo con el Sr. Valroy; aquel despojado fué comprometido. ¿No era presidente de un



En contacto con estas gentes humildes...

LAS MUJERES EN GALDÓS

DOÑA LEANDRA

Nada tan vulgar como esta buena señora manchega. Es un tipo de lugareña con la costra rural pegada al alma, más que al cuerpo. Estos seres sencillos, humildes, con tosquedad campesina, que van denunciando á la legua su procedencia aldeana, que no se han cepillado decentemente, conservando hábitos y costumbres del pueblo, acostumbra mos verlos todos los días y en todas las calles de las ciudades. Nos mueven á risa, quizás porque no sabemos mirar adentro y únicamente nos fijamos en el traje.

Llaman la atención de las gentes en ley del contraste, porque, rebeldes al medio, inadaptados estós seres al ambiente social cortesano, no han sido conquistados por «el espíritu de la ciudad.» Cientos de años que vivieran, aun en trato continuo con otros seres más dados á las frivolidades urbanas y bajo la acción de costumbres más cultas y á la moda, no perderían nunca su bravía naturaleza campesina, el carácter nativo, indomable, bien amasado y cocido, durante años de vida activa, que moldea el espíritu, en el rincón lugareño, cuyo sabor se lleva perdurablemente dentro como la cal en los huesos.

De esta casta de tipos aldeanos es doña Leandra Quijada, que lleva, como se ve, el apellido de su paisano, el ingenioso hidalgo. Bien es verdad que al nacer en tierras de la Mancha, en un lugar «de cuyo nombre no quiero acordarme,» más heredó el espíritu socarrón y positivista del escudero, que el alto idealismo romanesco del caballero andante, el de la triste figura, D. Alonso de Quijada el Bueno.

Cuando la conocemos, al leer *Bodas reales*, doña Leandra ha dejado el natal pueblo y vive en Madrid, precisamente en días de conmociones políticas y de revueltas populares.

Ningún accidente de trágica resonancia presta interés al vivir vulgar de la pobre señora. Sus intimidades caseras, los pequeños sucesos que hacen deslizar sus días con poco turbado sosiego, nada importan. Las mismas tribulaciones familiares que á cada instante conturban la paz doméstica reinante obedeciendo al tirón de los acontecimientos públicos, tribulaciones que son como el pulso de la historia viva de España por entonces, más interés tienen por lo que representan, por la acción externa que van indicando, que por lo que en sí mismas valen. Esos dolores y quebrantos que afligen el humilde espíritu de doña Leandra carecen de intensidad subjetiva. La grandeza de ellos está en el carácter objetivo que entrañan, en que son reflejo de la violenta sacudida que conmueve el alma de todo un pueblo.

Tres años de vida lleva en Madrid, después que azares de la suerte la trasplantaron del cortijo á la corte.

Casada con D. Bruno Carrasco, por obediencia á éste deja el pueblo natal en busca de los amplios horizontes cortesanos, donde la intriga política puede

dar al marido, á tenor de sus ansias, el destino con larga renta, que ambiciona siempre todo español provinciano, en olor de perezoso, á quien espolean afanes egoistas y acusa la locura quijotesca de grandezas. Con ellos viven en holgada paz las dos hijas Eufrasia y Lea, con más los otros retoños que al cielo plugo darles por descendencia.

Bien se hallan todos en la corte, menos doña Leandra. Campo fértil á las correrías é intrigas de D. Bruno, á caza siempre de la soñada prebenda; lugar á propósito para divertir sus ocios y desahogar sus coqueterías las muchachas, Madrid es encanto de estos seres frívolos, de carácter versátil, fácilmente adaptables al medio ambiente madrileño.

Sólo doña Leandra conserva su corteza aldeana, y en lo más hondo de su corazón siente reverdecer de continuo la querencia por el solar nativo, que añora con pena muy íntima.

Así, en ese punto, revela todo su «interior.» En ella, en su modo de ser ordinario, ningún detalle sobresaliente la distingue. Digno de alta estima no hay más que la tenaz inclinación del alma que la hace vivir una segunda vida espiritual en pensamiento y con el recuerdo.

Vive porque no vive. Con esta frase podía muy bien expresarse ese estado psicológico suyo, á virtud del cual, aun residiendo en Madrid, continúa todavía viviendo en la Mancha.

Es un desdoblamiento de la personalidad que desglosa el cuerpo del alma. Son dos vidas las que funde en una sola doña Leandra. Tiene su vida en la corte algo de sonambulismo, y su ser no llega á compenetrarse con la realidad ambiente, por el esfuerzo de la imaginación y de la memoria que de continuo la hace vivir en el lugar lejano donde naciera, lugar de sus devociones y amores, con una especie de anestesia de los sentidos y cierta inconsciencia asaz extraña.

Renuncia á vivir en casas de las calles céntricas, y en la Cava Baja se aposenta.

Con el traslado pierde comodidades, pero ¿qué importa? Alimenta así la ilusión de hallarse más cerca de su pueblo. Su naturaleza de campesina se rebela contra el vivir cortesano. Tiene una idea de la fuerza de los hombres y de la fecundidad de la tierra, que ve contrariada, negada, al discurrir por las calles madrileñas. Las gentes no saben arar; los árboles de adorno, estériles, aunque pomposos de verdor, no dan fruto; en estas callejas no corre el aire libre como en los campos de barbecho y en las tierras de sementera; ni siquiera puede gozar á sus anchas, en los patios de húmeda sombra cargada de tristeza, del alegre y amado sol.

Repugna además el habla relamida de los señores, y saborea mejor, entre la gente aldeana, «los tonos vigorosos de la lengua madre, caliente, vibrante y fiera.»

A la busca de estas emociones, que son las únicas que satisfacen su contento, sale todas las mañanas doña Leandra de casa, ya instalada en la Cava Baja, rincón verdaderamente pintoresco en plenos barrios bajos madrileños, y visita, de husmeo y charla, las pajarías por el olor á granero y las cererías por el aroma de iglesia y de colmena de que se hallan impregnadas, que llevan á su alma la sensación del campo y de la dulce vida lugareña.

Su mayor contento era ver llegar las galeras que

entraban por las puertas de Madrid y venían de los pueblos distantes en largas jornadas, y los carromatos, sonando la recua las colleras, cargados con los productos del campo, pellejos de vino, banastas de olorosas frutas, sacos de maíz y frescas hortalizas que parecían conservar aún el acre olor de la tierra removida.

Y entraba en los paradores de ancho portal y amplio patio, donde descansaban galeras y carromatos arrumbados en espera del viaje de retorno; y visitaba los mesones donde yantaban en la cocina y dormían en el pajar los ordinarios manchegos y los encuarteros de otros lugares. Así aliviaba el fastidio cortesano buscando «el contacto con arrieros y trajinantes, zagalones y mozos de mula, respirando entre ellos el aire del campo que pegado al burdo paño de sus ropas traían.»

Con ellos charlaba á placer. Gratas le eran las noticias que le daban y que su curiosidad insaciable pedía. A unos con interés demandaba referencias del estado de las cosechas en las tierras de pan sembrar y en las campiñas de viñedo, enterándose de paso del precio de los granos y á cuánto los vinos se vendían. Y con las noticias dadas, venía el discutir á roso y velloso, como si en el pueblo estuviera y en la propia hacienda con mercaderes contratara. A otros, sobre todo á los ordinarios manchegos, no dejaba en paz á fuerza de preguntas.

Entonces era el informarse de las andanzas, venturas y desventuras de las gentes de allá. Casa por casa recorría y nombre por nombre de conocidos sacaba á colación, y así, de esta forma y manera, al tanto estaba de entierros, bodas y bateos y hasta de los más pequeños sucesos que por tierra manchega, y más que nada en el nativo lugar, acaecieran.

Con este remozamiento á diario de recuerdos, á compás de estas evocaciones afectivas en que toda su sentimentalidad se interesaba, doña Leandra podía ir tirando de la vida, despabilar la nostalgia y desenojar el tedio que la consumía, royendo en el corazón como úlcera en carne viva. En contacto con estas gentes humildes, que renovaban en su interior la grata visión del pueblo y de los predios distantes, bien amados siempre, y que complacían las inclinaciones de su temperamento esencialmente campesino, feliz considerábase en medio de las desdichas de su hogar, á mal traer con las inquietudes camino del desengaño del marido y los amoríos de aquellas cabécitas locas de las hijas.

Ni aun este gozo de las visitas á paradores y mesones dura á la buena señora. Ya no puede salir. Parálitica, quejase y delira en el lecho.

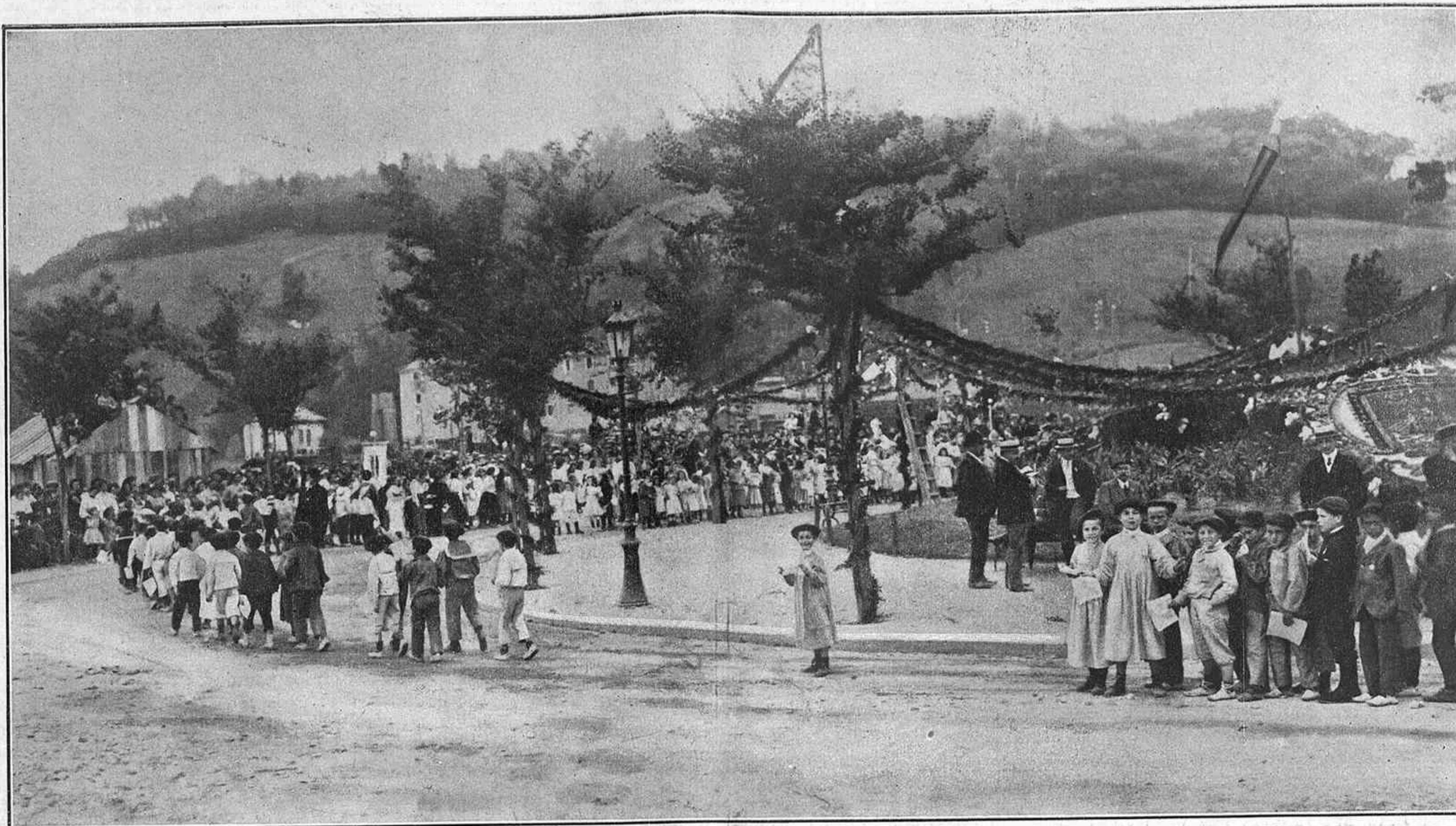
La fiebre trastorna su cerebro, y la idea fija, más tenaz ahora que nunca, pone en sus sueños calenturientos alucinaciones extrañas.

Giran sus pensamientos desordenados y sus palabras incoherentes en torno á la misma querencia con raigambre indestructible en su espíritu. No parece sino que es ese mismo amor enfermo quien delira.

Y doña Leandra, suspirante, como si la añoranza fuese en ella intensa pasión del alma, que hasta á los dolores del cuerpo se sobrepone, dice á la criada:

—Mira lo que te encargo; en cuanto llegues á Peralvillo lo primero que haces es enterrarme..., pero ello ha de ser en el soto de Claveros para que yo tenga sobre mi corazón todo el día las patadas de mis ovejitas...

Así continúa su extraño delirio, en una especie de *ritornello* que repite á cada momento el amoroso recuerdo. Aun en medio de la fiebre, la dulce ilusión mantiene sus encantos, y la querencia por la nativa tierra confía esperanzada triunfar y vivir después de la muerte. Para ella, como dijo el poeta, *morir... dormir...*



FIESTAS ÉUSKARAS CELEBRADAS EN SAN SEBASTIÁN. - NIÑOS AGRUPADOS ALREDEDOR DEL RETOÑO DEL ARTOL DE GUERNICA DISPUESTOS Á ENTONAR EL GUERNIKAKO-ARBOLA. (Fotografía de Frederic.)

Tenaz, obsesionada con la idea alma de su vida, una vez y otra encarga:

—Llevaos toda la ropa, y en el patio grande de casa colgadla para que le dé el aire y el sol.

Las frases que hilvana torpemente en su delirio de agonía entrañan un alto sentido. Son un testamento de amor. Quiere que vuelva á la tierra, en ley de justicia, todo lo que de ella salió.

Cuando llega el instante último, al acabar la vida, en la boca de la buena señora se dibuja un mohín desdeñoso. Parece que vuelca en él todo el inmenso asco que ha sentido por las vanidades y locuras de los suyos que la trajeron á morir bajo techo extraño y no le concedieron el último consuelo de cerrar los ojos para siempre, allá en la casa aldeana, frente á la ventana por donde entrara la luz del sol, el son del agua, el olor de las flores y el vaho caliente y saludable de la madre tierra que se ha amado tanto.

ANGEL GUERRA.

(Dibujo de Cutanda.)

LAS FIESTAS EUSKARAS

DE SAN SEBASTIÁN

El día 7 de este mes comenzaron en San Sebastián las fiestas éuskaras que todos los años se celebran en un pueblo distinto de la provincia. Son fiestas muy características y en todas ellas alienta el alma de la antigua y noble Euskeria.

De las principales, que reproducen los grabados de la página siguiente, vamos á dar algunos detalles.

El concurso agrícola celebróse en un campo cerca de entre el paseo de Atocha y la plaza de toros vieja, y en él pudieron admirarse hermosos ejemplares de ganado de todas clases, aves de corral, máquinas, aperos y diversos productos de la industria agrícola.

Uno de los festejos más interesantes ha sido la inauguración de las escuelas públicas que el benemérito donostiarra Sr. Viteri ha regalado á la ciudad de San

Sebastián; el edificio en que están instaladas ha sido construído según los planos del Sr. Aguinaga y reúne todas cuantas condiciones exige la moderna pedagogía. El acto inaugural, que se efectuó en la mañana del 7, fué solemnisimo y terminó con un grandioso banquete en honor del espléndido donante, cuya conducta ha merecido los más entusiastas elogios.

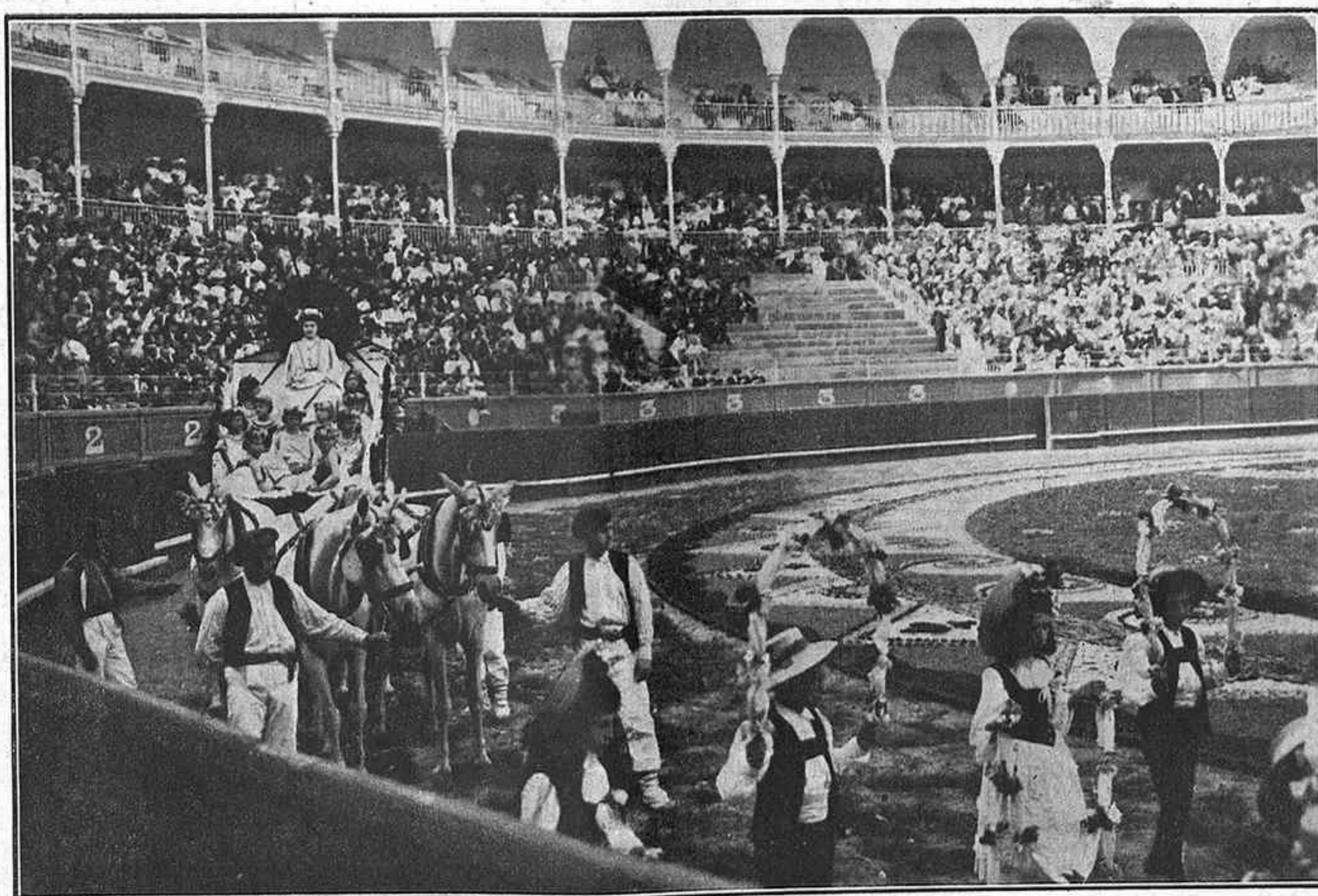
En la tarde del mismo día reuniéronse en la Diputación el Consistorio y el Jurado de los Juegos Florales y los presidentes de las Diputaciones de Vizcaya y Alava Sres. Urquijo y Velasco, y todos juntos se dirigieron á las Casas Consistoriales, siendo recibidos por el Ayuntamiento en corporación con sus mace-

en el teatro del Circo se puso en escena la ópera vascongada en tres actos *Chanton Fiperri*, música del maestro D. Buenaventura Zapirain y letra de don Toribio Alzaga, que fué perfectamente interpretada por la Srta. Lacambra y por los Sres. Tabuyo, Muddin, de Arando, Carasa, Berastegui y Erquicia, todos hijos del país. La obra tuvo un éxito colosal, siendo al final de cada acto los artistas y los autores objeto de delirantes ovaciones.

El domingo, día 8, después de una alborada que organizaron las sociedades «Sporti-Clai» y «Euskalbilleria», la Diputación, el Ayuntamiento y diferentes corporaciones asistieron á la solemne procesión que salió de Santa María, siguiendo la costumbre foral; los miqueletes daban guardia de honor á las imágenes de los santos. Terminada la procesión, hubo oficio solemne que celebró el Ilmo. Sr. obispo, de pontifical, y durante el cual el Orfeón donostiarra cantó magistralmente la misa del célebre Riga. El venerable orador sagrado, párroco de la ciudad de Hernani, pronunció un elocuente sermón en lengua éuskara.

Después del oficio, celebróse en las Casas Consistoriales un suntuoso banquete con que el Ayuntamiento de San Sebastián obsequió á las representaciones de las diputaciones hermanas, á 150 alcaldes de los pueblos de Guipúzcoa y á los alcaldes de Bilbao, Guernica y Vitoria.

Por la tarde, efectuóse en la plaza de la Constitución el reparto de los premios del concurso agrícola, y á las seis se celebró la fiesta del Arbol de



FIESTAS ÉUSKARAS CELEBRADAS EN SAN SEBASTIÁN. - FESTEJO DE LOS JARDINEROS. - ENTRADA DE LA DIOSA FLORA EN LA PLAZA DE TOROS, DONDE SE HA CELEBRADO EL FESTIVAL. (Fotografía de Frederic.)

ros, tamboril, trompeteros, banda municipal y *makildantzaris*. La banda municipal tocó los himnos *Ongietorri* y *Guernikako arbola*.

Al anochecer, todas las corporaciones en pintoresca comitiva se encaminaron á la iglesia de Santa María á escuchar la Salve, que cantó de un modo admirable el famoso Orfeón donostiarra.

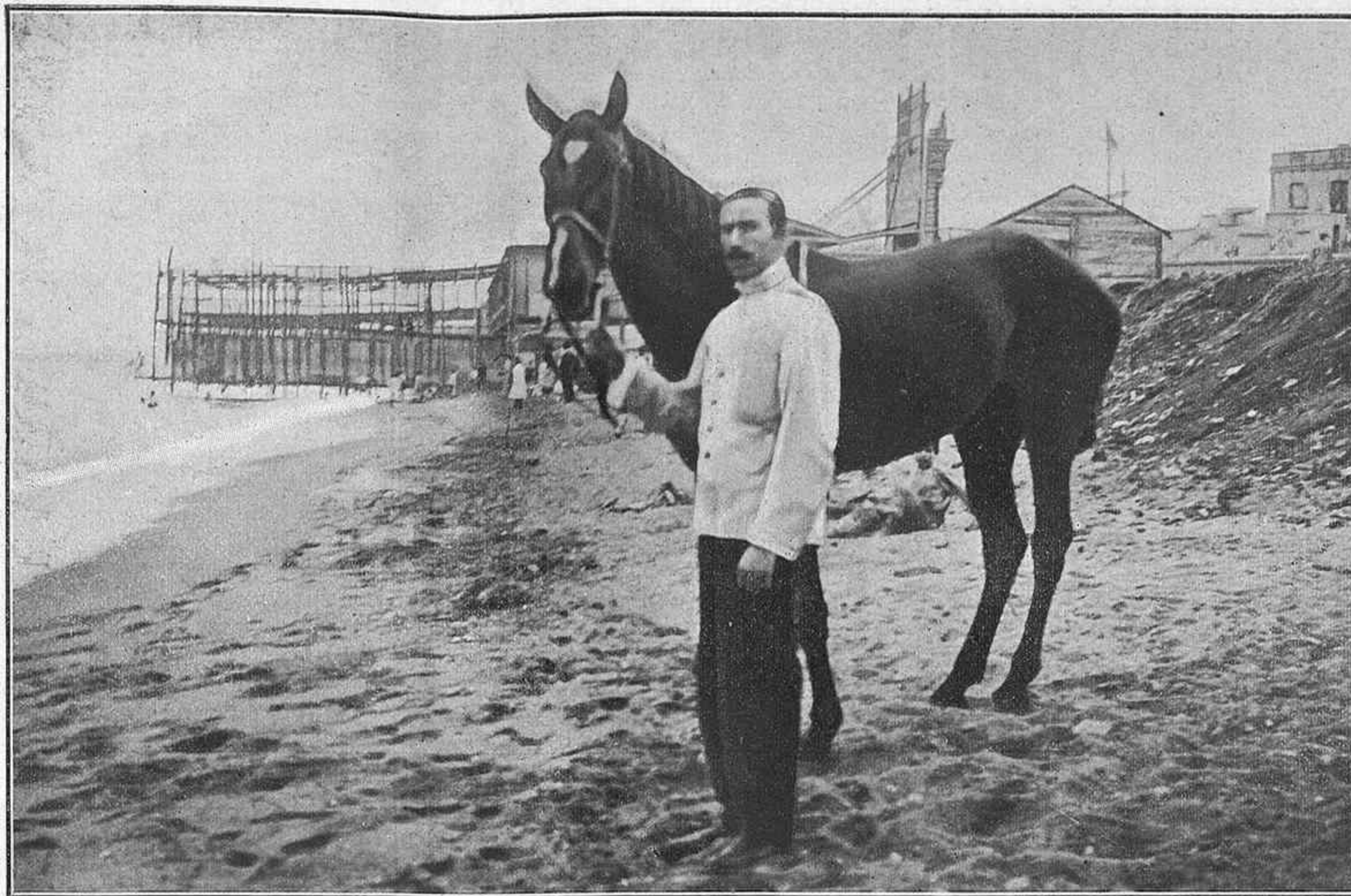
Por la noche hubo iluminaciones en muchas calles

Guernica. La comitiva oficial, que salió de las Casas Consistoriales, estaba formada por la Diputación, el Ayuntamiento de San Sebastián, los alcaldes de los pueblos guipuzcoanos y de Vitoria, Bilbao y Guernica, los presidentes de las Diputaciones de Alava y Vizcaya, el Consistorio de los Juegos Florales, los comparsas de *makildantzaris*, la banda municipal, trompeteros, maceros y guardias municipales; delante

EL CABALLO VIROTE

Hace pocos días ocurrió en esta ciudad un suceso que es una prueba más de los nobles instintos de ciertos animales, el caballo en primer término. Juan Vara, ordenanza del oficial de Carabineros D. Paulino Suárez, quiso bañar al caballo de éste, y montado en él se metió en el mar, en la playa de la Barceloneta. Virote, que así se llama el caballo y que es de hermosa estampa, aunque receloso y fácilmente asustadizo, entró en el agua con cierto temor, cuando de pronto, espantado por los gritos que desde una lancha daban unos chiquillos, tiró al jinete y salió precipitadamente a tierra. El asistente, que no sabía nadar, hundiéndose en el mar, y al volver a salir poco después a la superficie, púsose a bracear luchando con la muerte.

El caballo, que galopaba alocado por la playa, al ver al infeliz soldado en aquel peligro, entró de nuevo resueltamente en el agua, dirigiéndose hacia el que se ahogaba, dióle dos golpes con el testuz, como para llamar su atención, y cuando vio que se había agarrado al roncal, tiró de él y lo sacó a tierra con vida.



BARCELONA. — El ordenanza Juan Vara y el caballo Virote, que le salvó de morir ahogado en la playa de la Barceloneta. (De fotografía de Castellar.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

EL PROBLEMA DEL AGUA, por *Pedro M. González Quijano*. — Breves nociones de hidráulica agrícola, con un extracto de la legislación de aguas. — Un tomo de 240 páginas con algunos grabados, en que se estudian: el agua en la naturaleza; la lucha por el agua; la defensa contra el agua, y la política hidráulica. Editado en Madrid por la casa Bailly-Baillière é hijos.

TRATADO DE CARRETERAS Y FERROCARRILES (Estudio, construcción y conservación) por *Luis García Barzanallana*. Obra escrita y basada en las materias que constituyen la preparación para el ingreso en el Cuerpo de Ayudantes y Sobrestantes de Obras Públicas. Un tomo de 786 páginas con 471 grabados y un índice alfabético, editado en Madrid por la casa Bailly-Baillière é hijos. Precio, 12 pesetas en rústica y 13 encuadernado.

LAS PESSIGOLLAS DE LA SEÑORETA, comedia en un acto y en prosa de *J. Vidal y Jumbert*. — Estrenada con éxito en el

Teatro Romea en la noche del 21 de mayo de 1906. Impresa en Granollers en la imprenta de Francisco Cucurella. Precio, 75 céntimos.

JUEGO DE DAMAS, novela por *Rafael Pamplona y Escudero*. — Un tomo de 300 páginas, editado en Madrid por la Librería de la Asociación de Escritores y Artistas. Precio, tres pesetas.

ESTUDIOS PRELIMINARES DE PEDAGOGÍA MILITAR SUPERIOR, por *Luis Rodríguez García*. — Un tomo de 130 páginas, impreso en San Sebastián en la imprenta de Federico Ferreirós. Precio, tres pesetas.

MACBETH, tragedia de *Shakespeare*. Traducción y prólogo de *Antonio Ferrer Robert*. — Un tomo de 164 páginas, editado en Barcelona por Olegario Salvatella. Precio, dos pesetas.

Historia general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Glíptica, Indumentaria, Tejidos
 Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda a todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesantísimo texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PECHO IDEAL
 Desarrollo — Belleza — Dureza de los PECHOS en dos meses con las **Pildoras Orientales**, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. **J. RATÍE**, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. El frasco, con instrucciones, por correo, 8'50 pesetas. Depósito en Madrid, Farmacia de F. Gayoso, Arenal, 2; En Barcelona, Farmacia Moderna, Hospital, 2.

65 AÑOS DE ÉXITO
FUERA de CONCURSO PARIS 1900
GRAN PREMIO, Saint-Louis 1904
 Alcohol de Menta de
RICQLÈS
 (EL ÚNICO VERDADERO ALCOHOL de MENTA)
CALMA la SED, SANEA el AGUA
 Contra el **VÓMITO, Dolor de CABEZA, INDIGESTION**
COLERINA
AGUA de TOCADOR y DENTÍFRICO esquisito
PRÉSERVATIVO contra las **EPIDEMIAS**
 Pedir el **RICQLÈS**
 De venta en las **PERFUMERIAS, FARMACIAS y DROGUERIAS.**

BOYVEAU-LAFFECTEUR
ROB
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpès, etc.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO.
 Vendese en casa de **J. FERRÉ**, Farmacéutico,
 SUCESOR DE **BOYVEAU-LAFFECTEUR**.
Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

Dentición
JARABE DELABARRE
 Jarabe sin narcótico.
 Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUGE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Espotos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc.* Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



Edgardo Quinet y Michelet tomando nuevamente posesión de sus cátedras en 1848, cuadro de A. Brouillet (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)

Quinet y Michelet, dos grandes figuras de la historia francesa moderna. Ambos fueron sabios eminentes, filósofo, poeta, historiador y político, el primero; político, historiador y filósofo el segundo; ambos hicieron de sus cátedras del Colegio de Francia tribunas de propaganda de las doctrinas democráticas que enardecieron á la juventud sembrando entre ella las semillas que hablan de producir la Francia moderna.

Quinet fué nombrado en 1842 catedrático de Lengua y Literatura de la Europa meridional; Michelet entró á desempeñar la de Moral é Historia en 1838. Juntos escribieron varios libros, juntos lucharon por la libertad y contra la reacción. El gobierno de 1846 los despojó de sus cátedras; pero la revolución triunfante en 1848 los reintegró en ellas y su reaparición en el Colegio de Francia alcanzó las proporciones de gran acontecimiento histórico.

El cuadro de Brouillet representa ese momento grandioso y solemne: los dos sabios,

en actitud serena y majestuosa, se ven aclamados por una multitud inmensa, en la que figuran hombres de todas edades y de clases diversas, unidos en el mismo entusiasmo, en el mismo sentimiento de amor y admiración á los dos maestros, y consagrando con sus aplausos y sus vítores la obra de justa reparación realizada por el gobierno revolucionario.

La composición de esa obra es admirable; el movimiento de la muchedumbre está perfectamente expresado, y á pesar del gran número de figuras que hay en ella, no se nota la menor confusión, gracias á lo bien agrupadas que están y al talento del pintor de dar á cada uno de los términos el valor propio y adecuado, detallando lo que admite el detalle y dando cierta vaguedad á lo que ha de ofrecerse al espectador como masa hasta cierto punto indecisa. La luz que penetra en la sala por los dos grandes ventanales es de un hermoso efecto y contribuye á la excelente impresión de esa pintura.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
 LOS VERDADEROS Y EFICACES
 PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
 COLORES PÁLIDOS
 EMPOBRECIMIENTO
 de la SANGRE
 Escrófulas, etc.

PILULES
 de **BLANCARD**

EXIGIR LA SIGNATURE

al IODURO de HIERRO
 INALTERABLE

APROBADAS
 por la
 Academia
 de
 MEDICINA

DESCONFIENSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & Co, 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS
JORET-HONOLLE

CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Frasco 5fr. en París

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDES et Co. B^{te} St-Denis, 46

VINO AROUD

CARNE-QUINA
 el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.
 Calle Richelieu, 102, París. — Todas Farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN